

EL GUADALUPANO

SERVICIO MENSUAL DE DIFUSIÓN - FORMACIÓN - ANIMACIÓN PASTORAL

DIÓCESIS DE CANELONES - URUGUAY

Año 2. N°2 - febrero - 2026



EDITORIAL

Comenzamos el segundo mes del año, algunos continúan su tiempo de descanso, otros se van reintegrando a sus trabajos y rutinas, mientras otros inician sus descansos, un mes que está marcado en el calendario litúrgico por fiestas importantes, celebraciones en torno a la devoción mariana, jornadas que nos ofrecen la oportunidad de dimensionar ciertos aspectos de la vida creyente, y claro, no es un detalle, que en este mes iniciemos el tiempo litúrgico de la cuaresma.

A cada uno de nosotros y a cada comunidad la encuentra, la llegada de este mes en intensidades diferentes, ritmos diferentes...ojalá cada uno pueda capitalizar las experiencias personales, familiares y comunitarias para el recorrido del año.

En esta entrega de “El Guadalupano”, sosteniendo la estructura propuesta desde los inicios de la publicación, centramos nuestros contenidos de formación en la cuestión de la experiencia de la enfermedad, haciéndonos eco de la celebración de la Jornada Mundial del Enfermo que se celebra el día 11 de febrero, memoria libre de Nuestra Señora de Lourdes. Detrás de estas reflexiones y propuestas, palpita la necesidad de detenernos a redescubrir la importancia de sabernos frágiles y a la vez llamados a trascender en Dios.

Encontraremos en éstas páginas abundante material para el provecho personal, grupal y comunitario. Deseamos que al lector le sirva.

Dios nos regale un tiempo bendecido.

CONTENIDO

¿Qué encontraremos en estas páginas?

DESTACADOS: 800° Aniversario de la Muerte de San Francisco de Asís

AGENDA CALENDARIO MENSUAL

FORMACIÓN: Liturgia: La Presentación del Señor; Servicio: Jesús cura a los enfermos; Comunión: Jornada Mundial de los Enfermos; Testimonio: La Enfermedad, ¿Cómo afrontarla cristianamente?

INFORMACIÓN: Retiro de Cuaresma en Villa Guadalupe; Peregrinación Mariana; Centro Diocesano de Espiritualidad y pastoral; Casa Villa Guadalupe.

ANIMACIÓN: Catequesis del Papa León XIV sobre el Concilio Vaticano II

COOPERACIÓN: Vida Consagrada

ESPIRITUALIDAD: La Cuaresma, estima de la vida en Jesucristo

PIEDAD POPULAR: Miércoles de Cenizas; Ayuno y Abstinencia

COMUNIDAD EDUCATIVA: Nuevo Colegio Virgen de las Flores

VÍAS DE COLABORACIÓN ECONÓMICA CON LA IGLESIA DE CANELONES.

REDES SOCIALES DEL OBISPO, LA DIÓCESIS, Y ALGUNOS SERVICIOS DIOCESANOS.

DESTACADOS

800 años de la muerte de San Francisco de Asís

Celebrar la Pascua de Francisco de Asís 1226-2026

Hace ochocientos años, Francisco de Asís dejaba este mundo. Pero la semilla que había plantado sigue germinando. Hoy nos recuerda que cada día es una oportunidad para empezar de nuevo, para renovar nuestra respuesta al llamado del Señor, que nos envía al mundo entero como hermanos y hermanas para dar testimonio de Él con palabras y con obras, para atraer a todos al amor de Dios (cf. Paráfrasis del padre- nuestro 5). Es también una ocasión para recordar que todos estamos llamados a la santidad y que, como él, estamos invitados a reflejar la belleza del Evangelio y de nuestra vocación franciscana, porque «la santidad es el rostro más bello de la Iglesia» (Gaudete et exsultate 9).

Celebrar el 800 aniversario de la Pascua de Francisco de Asís es una invitación a contemplar nuestra historia personal y la de la Familia Franciscana y con ella toda la Iglesia, con una mirada de fe, que sepa percibir la presencia y la acción divina en todo, incluso en las situaciones difíciles y dramáticas que hemos vivido o que nos toca vivir en el tiempo presente. Es una oportunidad para dar gracias a Dios por todos los dones que nos ha concedido, en particular por el don de Francisco de Asís y su experiencia evangélica, que se ha convertido en un carisma articulado en varios matices de seguimiento y apostolado, y que todavía hoy tiene la fuerza para interpelar a mujeres y hombres de todas las culturas, dentro y fuera de la Iglesia católica.

*CARTA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
A LOS MINISTROS GENERALES DE LA CONFERENCIA DE LA FAMILIA FRANCISCANA
CON MOTIVO DE LA APERTURA DEL VIII CENTENARIO
DEL TRÁNSITO DE S. FRANCISCO DE ASÍS*

[Asís, 10 de enero de 2026]

*A los Ministros Generales
de la Conferencia de la Familia Franciscana*

«Nuestra hermana muerte», exclamaba san Francisco el 3 de octubre de 1226 en la Porciúncula, mientras iba a su encuentro como un hombre finalmente pacificado. Han pasado ocho siglos desde la muerte del *Poverello* de Asís, que escribió con letras incisivas la palabra de salvación de Cristo en los corazones de los seres humanos de su tiempo.

Al recordar la significativa recurrencia del VIII Centenario de su Tránsito, deseo unirme espiritualmente a toda la Familia Franciscana y a quienes participarán en las manifestaciones conmemorativas, con el deseo de que el mensaje de paz encuentre un profundo eco en la actualidad de la Iglesia y de la sociedad.

Al comienzo de su vida evangélica, había escuchado una llamada: «El Señor me reveló que dijéramos este saludo: “El Señor les dé la paz”». Con estas palabras esenciales, transmite a sus hermanos y a todos los creyentes el asombro interior que el Evangelio había traído a su existencia: la paz es la suma de todos los bienes de Dios, un don que descende de lo alto. ¡Qué ilusión sería pensar en construirla solo con las fuerzas humanas! Y, sin embargo, es un don activo, que hay que acoger y vivir cada día.

Es el mismo saludo que el Señor resucitado dirige a sus discípulos, asustados y encerrados en el cenáculo, la noche de Pascua: «La paz sea con ustedes». No es una fórmula de cortesía, sino el anuncio seguro de la victoria de Cristo sobre la muerte. Como la voz de los ángeles en la noche de Navidad: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres que Él ama» —,

así la paz que anuncia el Padre Seráfico es la que Cristo mismo hizo resonar entre el cielo y la tierra.

En esta época, marcada por tantas guerras que parecen interminables, por divisiones internas y sociales que crean desconfianza y miedo, él sigue hablando. No porque ofrezca soluciones técnicas, sino porque su vida indica la fuente auténtica de la paz.

La visión franciscana de la paz no se limita a las relaciones entre los seres humanos, sino que abarca toda la creación. Francisco, que llama «hermano» al sol y «hermana» a la luna, que reconoce en cada criatura un reflejo de la belleza divina, nos recuerda que la paz debe extenderse a toda la familia de la Creación. Esta intuición resuena con especial urgencia en nuestro tiempo, cuando la casa común está amenazada y gime bajo la explotación. La paz con Dios, la paz entre los seres humanos y con la Creación son dimensiones inseparables de una única llamada a la reconciliación universal.

Queridos hermanos, que el ejemplo y la herencia espiritual de este santo, fuerte en la fe, firme en la esperanza y ardiente en la caridad activa hacia el prójimo, suscite en todos ustedes la importancia de confiar en el Señor, de dedicarse a una existencia fiel al Evangelio, de aceptar e iluminar con la fe y la oración cada circunstancia y acción de la vida.

En este Año de Gracia, deseo entregarles una oración para que san Francisco de Asís continúe infundiendo en nosotros la perfecta alegría y la concordia:

*San Francisco, hermano nuestro, tú que hace ochocientos años
fuiste al encuentro de la hermana muerte como un hombre reconciliado,
intercede por nosotros ante el Señor.*

*Tú, que en el Crucifijo de San Damián reconociste la paz verdadera,
enséñanos a buscar en Él la fuente de toda reconciliación
que derriba todo muro.*

*Tú, que desarmado atravesaste las líneas de la guerra
y de la incompreensión,
concédenos el coraje de construir puentes
allí donde el mundo levanta fronteras.*

*En este tiempo afligido por conflictos y divisiones,
intercede para que lleguemos a ser artesanos de paz:
testigos desarmados y desarmantes de la paz que viene de Cristo.
Amén.*

Con estos sentimientos, expreso mis fervientes votos de bien, especialmente para todos ustedes que siguen el carisma del *Poverello* de Asís y para todos aquellos que recordarán de diversas maneras la conmemoración del *dies natalis*, mientras les envío de corazón la deseada Bendición Apostólica.

Desde el Vaticano, 7 de enero de 2026

Para leer la Carta de la Familia Franciscana, un documento que sirve de guía para este año jubilar: https://ofm.org/uploads/Lettera_Centenario_2026_ES.pdf

Para leer el decreto de la Penitenciaría Apostólica, con motivo del año jubilar franciscano: https://ofm.org/uploads/Decreto_Indulgenza_Giubileo_Francescono-ES.pdf

Para leer la oración del Papa León con motivo del 800° aniversario de la muerte de San Francisco: https://ofm.org/uploads/Preghiera_di_Papa_Leone_a_San_Francesco_ES.pdf
(tarjeta para imprimir)



AGENDA CALENDARIO

AGENDA CALENDARIO FEBRERO 2026

NOTA: en la información litúrgica solo se incluyen las solemnidades, fiestas y memorias obligatorias. Se tiene consideración con las memorias libres que pueden tener especial significado en la diócesis.

IMPORTANTE: Las celebraciones que no están incluidas en el calendario se debe a que algunas no están programadas en la fecha de edición, o en otros casos no hemos obtenido respuesta al realizar las consultas de información.

Día	Celebración – Actividad
Domingo 1	Domingo IV del Tiempo Durante el Año 09.30 hrs. Santa Misa presidida por Mons. Heriberto Bodeant en Parroquia San Adolfo (El Dorado), inicia su ministerio al servicio de la comunidad el P. Leonardo Rodríguez P. José Luís Hernández, MSP. Ordenación Sacerdotal, 2014
Lunes 2	Presentación del Señor, Fiesta Santa María Domenica Mantovani, Virgen. Fundadora de las Hermanitas de la Sagrada Familia (Progreso) Jornada Mundial de la Vida Consagrada Fiesta Patronal – Capilla Stella Maris – Marindia – Parroquia S. Isabel de Hungría – Salinas – SANTA MISA – 18.00 hrs. Fiesta Patronal – Capilla Stella Maris – Araminda – Parroquia San Luís Orione – La Floresta – 08.30 Santo Rosario – 09.00 – SANTA MISA
Martes 3	San Blas, Obispo y Mártir – San Oscar, Obispo - memoria libre BENDICIÓN DE GARGANTAS
Miércoles 4	
Jueves 5	Santa Águeda, Virgen y Mártir. Memoria Obligatoria
Viernes 6	San Pablo Miki y Compañeros Mártires. Memoria Obligatoria Peregrinación Litúrgica a Santa María 2026 https://peregrinacionamaria2026.blogspot.com/
Sábado 7	Peregrinación Litúrgica a Santa María 2026 https://peregrinacionamaria2026.blogspot.com/
Domingo 8	Domingo V del Tiempo Durante el Año Peregrinación Litúrgica a Santa María 2026 https://peregrinacionamaria2026.blogspot.com/
Lunes 9	Cumpleaños P. Washington Conde, 1963
Martes 10	Santa Escolástica, Virgen. Memoria Obligatoria
Miércoles 11	Nuestra Señora de Lourdes. Memoria Libre Jornada Mundial del Enfermo Santuario Diocesano Nuestra Señora de Lourdes – Monasterio Santa María de los Ángeles (Clarisas Capuchinas) – Etcheverría – Canelones 08.30 Santo Rosario – 09.00 Santa Misa 11.30 Santo Rosario – 12.00 Santa Misa 18.30 Procesión desde puerta del convento – 19.00 Santa Misa Durante el día habrá confesores disponibles Co-patrona Parroquia Cristo Obrero – Estación Atlántida 18.30 hrs. Santo Rosario en la Gruta – 19.00 hrs. Santa Misa – Posterior conferencia sobre la advocación Ntra. Sra. De Lourdes Capilla en Ruta 81 Parroquia San Juan Bautista (Sta. Lucía) Santa Misa – 18.30 hrs. Capilla en Villa Alegría – Parroquia S. Antonio Ma. Claret (Progreso) Santa Misa – Domingo 15 – 11.45 hrs.

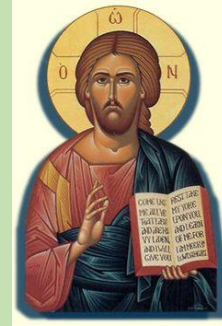
	Capilla en Barrio Lares – Parroquia San Isidro Labrador (Las Piedras) Santa Misa – 17.00 hrs. Capilla en Barrio Herten, Parroquia S. Antonio de Padua (Las Piedras) 16.00 hrs. Confesiones – Santo Rosario – 17.30 hrs. – Santa Misa y Unción de los Enfermos 18.00 hrs. Gruta en Barrio Tiscornia, Parroquia N. S. de la Paz (La Paz) 18.00 hrs. Santo Rosario – 19.30 hrs. Santa Misa Capilla en Tapia – Parroquia San Jacinto (San Jacinto) 18.00 hrs. Santa Misa Capilla en Parroquia Sagrada Familia (Sauce) (sin información) Capilla en Neptunia, Parroquia S. Isabel Hungría (Salinas) Santa Misa – 19.00 hrs. Gruta en zona La Cadena, parroquia San Antonio (San Antonio) Santa Misa – 18.00 hrs. Gruta en San José de Carrasco, Parroquia S. Ma. De los Ángeles Santa Misa – 17.00 hrs.
Jueves 12	
Viernes 13	Cumpleaños: P. Raúl Avellaneda SDB (1970); P. Lucio Escolar (1950)
Sábado 14	Santos Cirilo, monje, y Metodios, obispo. Memoria Obligatoria
Domingo 15	Domingo VI Tiempo Durante el Año Carnaval
Lunes 16	Carnaval
Martes 17	Carnaval
Miércoles 18	MIÉRCOLES DE CENIZA – AYUNO Y ABSTINENCIA – INICIA CUARESMA
Jueves 19	Jueves después de ceniza
Viernes 20	Viernes después de ceniza – abstinencia Comisión Nacional de Pastoral Juvenil – La Floresta
Sábado 21	Sábado después de ceniza Comisión Nacional de Pastoral Juvenil – La Floresta
Domingo 22	DOMINGO I CUARESMA Comisión Nacional de Pastoral Juvenil – La Floresta
Lunes 23	Lunes I Semana de Cuaresma San Policarpo, Obispo y Mártir. Conmemoración
Martes 24	Martes I Semana de Cuaresma
Miércoles 25	Miércoles I Semana de Cuaresma Cumpleaños: Diac. Ruben Darío Gómez, 1970
Jueves 26	Jueves I Semana de Cuaresma
Viernes 27	Viernes I Semana de Cuaresma – abstinencia
Sábado 28	Sábado I Semana de Cuaresma RETIRO DE CUARESMA EN VILLA GUADALUPE Ver información para inscripción más abajo

FORMACIÓN

Este apartado se organiza en cuatro dimensiones que son las propias de la vida de la Iglesia, se trata de un esquema permanente que propondremos en cada publicación.

En cada dimensión se propone la lectura de algunos textos y se facilitan algunas herramientas para promover la reflexión personal y comunitaria.

Las cuatro dimensiones son: Liturgia – Comunión – Servicio – Testimonio.



LITURGIA (Liturgia)

La presentación del Señor

Aunque esta fiesta del 2 de febrero cae fuera del tiempo de navidad, es una parte integrante del relato de navidad. Es una chispa de fuego de navidad, es una epifanía del día cuadragésimo. Navidad, epifanía, presentación del Señor son tres paneles de un tríptico litúrgico.

Es una fiesta antiquísima de origen oriental. La Iglesia de Jerusalén la celebraba ya en el siglo IV. Se celebraba allí a los cuarenta días de la fiesta de la epifanía, el 14 de febrero. La peregrina Eteria, que cuenta esto en su famoso diario, añade el interesante comentario de que se “celebraba con el mayor gozo, como si fuera la pascua misma”. Desde Jerusalén, la fiesta se propagó a otras iglesias de Oriente y de Occidente. En el siglo VII, si no antes, había sido introducida en Roma. Se asoció con esta fiesta una procesión de las candelas. La Iglesia romana celebraba la fiesta cuarenta días después de navidad.

Entre las iglesias orientales se conocía esta fiesta como “La fiesta del Encuentro” (en griego, *Hypapante*), nombre muy significativo y expresivo, que destaca un aspecto fundamental de la fiesta: el encuentro del Ungido de Dios con su pueblo. San Lucas narra el hecho en el capítulo 2 de su evangelio. Obedeciendo a la ley mosaica, los padres de Jesús llevaron a su hijo al templo cuarenta días después de su nacimiento para presentarlo al Señor y hacer una ofrenda por él 1.

Esta fiesta comenzó a ser conocida en Occidente, desde el siglo X, con el nombre de Purificación de la bienaventurada virgen María. Fue incluida entre las fiestas de Nuestra Señora. Pero esto no era del todo correcto, ya que la Iglesia celebra en este día, esencialmente, un misterio de nuestro Señor. En el calendario romano, revisado en 1969, se cambió el nombre por el de “La Presentación del Señor”. Esta es una indicación más verdadera de la naturaleza y del objeto de la fiesta. Sin embargo, ello no quiere decir que infravaloremos el papel importantísimo de María en los acontecimientos que celebramos. Los misterios de Cristo y de su madre están estrechamente ligados, de manera que nos encontramos aquí con una especie de celebración dual, una fiesta de Cristo y de María.

La bendición de las candelas antes de la misa y la procesión con las velas encendidas son rasgos chocantes de la celebración actual. El misal romano ha mantenido estas costumbres, ofreciendo dos formas alternativas de procesión. Es adecuado que, en este día, al escuchar el cántico de Simeón en el evangelio (Lc 2,22-40), aclamemos a Cristo como “luz para iluminar a las naciones y para dar gloria a tu pueblo, Israel”.

Significado de la fiesta. La fiesta de la Presentación celebra una *llegada y un encuentro*; la llegada del anhelado Salvador, núcleo de la vida religiosa del pueblo, y la bienvenida

concedida a él por dos representantes dignos de la raza elegida, Simeón y Ana. Por su proveya edad, estos dos personajes simbolizan los siglos de espera y de anhelo ferviente de los hombres y mujeres devotos de la antigua alianza. En realidad, ellos representan la esperanza y el anhelo de la raza humana.

Al revivir este misterio en la fe, la Iglesia da de nuevo la bienvenida a Cristo. Ese es el verdadero sentido de la fiesta. Es la “Fiesta del Encuentro”, el encuentro de Cristo y su Iglesia. Esto vale para cualquier celebración litúrgica, pero especialmente para esta fiesta. La liturgia nos invita a dar la bienvenida a Cristo y a su madre, como lo hizo su propio pueblo de antaño: “Oh Sión, adorna tu cámara nupcial y da la bienvenida a Cristo el Rey; abraza a María, porque ella es la verdadera puerta del cielo y te trae al glorioso Rey de la luz nueva”².

Al dramatizar de esta manera el recuerdo de este encuentro de Cristo con Simeón, la Iglesia nos pide que profesemos públicamente nuestra fe en la Luz del mundo, luz de revelación para todo pueblo y persona.

En la bellísima introducción a la bendición de las candelas y a la procesión, el celebrante recuerda cómo Simeón y Ana, guiados por el Espíritu, vinieron al templo y reconocieron a Cristo como su Señor. Y concluye con la siguiente invitación: “Unidos por el Espíritu, vayamos ahora a la casa de Dios a dar la bienvenida a Cristo, el Señor. Le reconoceremos allí en la fracción del pan hasta que venga de nuevo en gloria”.

Se alude claramente al encuentro sacramental, al que la procesión sirve de preludio. Respondemos a la invitación: “Vayamos en paz al encuentro del Señor”; y sabemos que este encuentro tendrá lugar en la eucaristía, en la palabra y en el sacramentóo Entramos en contacto con Cristo a través de la liturgia; por ella tenemos también acceso a su gracia. San Ambrosio escribe de este encuentro sacramental en una página insuperable: “Te me has revelado cara a cara, oh Cristo. Te encuentro en tus sacramentos”.

Función de María. La fiesta de la presentación es, como hemos dicho, una fiesta de Cristo antes que cualquier otra cosa. Es un misterio de salvación. El nombre “presentación” tiene un contenido muy rico. Habla de ofrecimiento, sacrificio. Recuerda la autooblación inicial de Cristo, palabra encarnada, cuando entró en el mundo: “Heme aquí que vengo a hacer tu voluntad”. Apunta a la vida de sacrificio y a la perfección final de esa autooblación en la colina del Calvario.

Dicho esto; tenemos que pasar a considerar el papel de María en estos acontecimientos salvíficos. Después de todo, ella es la que *presenta* a Jesús en el templo; o, más correctamente, ella y su esposo José, pues se menciona a ambos padres. Y preguntamos: ¿Se trataba exclusivamente de cumplir el ritual prescrito, una formalidad practicada por muchos otros matrimonios? ¿O encerraba una significación mucho más profunda que todo esto? Los padres de la Iglesia y la tradición cristiana responden en sentido afirmativo.

Para María, la presentación y ofrenda de su hijo en el templo no era un simple gesto ritual. Indudablemente, ella no era consciente de todas las implicaciones ni de la significación profética de este acto. Ella no alcanza a ver todas las consecuencias de su *fiat* en la anunciación. Pero fue un acto de ofrecimiento verdadero y consciente. Significaba que ella ofrecía a su hijo para la obra de la redención con la que él estaba comprometido desde un principio. Ella renunciaba a sus derechos maternales y a toda pretensión sobre él; y lo ofrecía a la voluntad del Padre. San Bernardo ha expresado muy bien esto: “Ofrece a tu

hijo, santa Virgen, y presenta al Señor el fruto bendito de tu vientre. Ofrece, para reconciliación de todos nosotros, la santa Víctima que es agradable a Dios³.

Hay un nuevo simbolismo en el hecho de que María pone a su hijo en los brazos de Simeón. Al actuar de esa manera, ella no lo ofrece exclusivamente al Padre, sino también al mundo, representado por aquel anciano. De esa manera, ella representa su papel de madre de la humanidad, y se nos recuerda que el don de la vida viene a través de María.

Existe una conexión entre este ofrecimiento y lo que sucederá en el Gólgota cuando se ejecuten todas las implicaciones del acto inicial de obediencia de María: “Hágase en mi según tu palabra”. Por esa razón, el evangelio de esta fiesta cargada de alegría no nos ahorra la nota profética punzante: “He aquí que este niño está destinado para ser caída y resurgimiento de muchos en Israel; será signo de contradicción, y una espada atravesará tu alma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones” (Lc 2,34-35).

El encuentro futuro. La fiesta de hoy no se limita a permitirnos revivir un acontecimiento pasado, sino que nos proyecta hacia el futuro. Prefigura nuestro encuentro final con Cristo en su segunda venida. San Sofronio, patriarca de Jerusalén desde el año 634 hasta su muerte, acaecida en el año 638, expresó esto con elocuencia: “Por eso vamos en procesión con velas en nuestras manos y nos apresuramos llevando luces; queremos demostrar que la luz ha brillado sobre nosotros y significar la gloria que debe venirnos a través de él. Por eso corramos juntos al encuentro con Dios”.

La procesión representa la peregrinación de la vida misma. El pueblo peregrino de Dios camina penosamente a través de este mundo del tiempo, guiado por la luz de Cristo y sostenido por la esperanza de encontrar finalmente al Señor de la gloria en su reino eterno. El sacerdote dice en la bendición de las candelas: “Que quienes las llevamos para ensalzar tu gloria caminemos en la senda de bondad y vengamos a la luz que brilla por siempre”.

La candela que sostenemos en nuestras manos recuerda la vela de nuestro bautismo. Y la admonición del sacerdote dice: “Ojalá guarden la llama de la fe viva en sus corazones. Que cuando el Señor venga salgan a su encuentro con todos los santos en el reino celestial”. Este será el encuentro final, la presentación postrera, cuando la luz de la fe se convierta en la luz de la gloria. Entonces será la consumación de nuestro más profundo deseo, la gracia que pedimos en la poscomunión de la misa:

Por estos sacramentos que hemos recibido, llénanos de tu gracia, Señor, tú que has colmado plenamente la esperanza de Simeón; y así como a él no le dejaste morir sin haber tenido en sus brazos a Cristo, concédenos a nosotros, que caminamos al encuentro del Señor, merecer el premio de la vida eterna.

VINCENT RYAN
Adviento-Epifanía
Paulinas 1986, 119-125

.....

1. Para el trasfondo viejotestamentario, cf *Levítico 12,2-5; Éxodo 13,1-3; Números 18,15-16*.

2. Del *Adorna thalamum*, cantado en la procesión. Cf también el responsorio de después de la primera lectura en la Liturgia de las horas.

3. Citado en la encíclica *Marialis cultus* 20.



SERVICIO (Diakonía)

Una propuesta para abordar en grupo:

JESÚS CURA A LOS ENFERMOS

9 PRESENTACIÓN DEL TEMA

La enfermedad es un mal. Por eso Jesús estaba siempre dispuesto a atender a los enfermos, tan despreciados entonces. Y ellos se acercaban a Jesús con toda confianza. Sabían que él los recibía con amabilidad, con comprensión, dispuesto siempre a ayudar, si es que tenían fe en él.

Todos nosotros hemos sentido también la angustia de la enfermedad. Sabemos que es cosa fregada. Se gasta harta plata, a veces de balde. Y se sufre mucho.

Muchas veces nuestra devoción al Señor o a los santos espera que ellos nos alcancen la salud. Pero no hay que esperar la salud de una manera pasiva. O sólo con rezos. Es cierto que Jesús puede hacer un milagro. Pero a él no le gusta hacer milagros a gente irresponsable. Quiere que pongamos los medios que están de nuestra parte. Y sobre todo que seamos solidarios y sanos, de forma que evitemos lo más posible las enfermedades.

La actitud de Jesús nos enseña a preocuparnos con cariño de los enfermos. Él se acercaba solícito a ellos, y cuando podía los curaba con los métodos que había en su época. Nosotros tenemos que imitar su cercanía, su comprensión y su dedicación, según los medios que hay en nuestro tiempo. Sin despreciar la ciencia de los doctores, pero sin dejar tampoco la medicina popular que heredamos de nuestros antepasados.

Jesús, además, no se contenta sólo con curar el cuerpo físico, sino a la persona entera. Por eso nosotros no podemos contentarnos con la salud física no más. Nuestra lucha es por conseguir personas sanas en todos los sentidos, material y espiritualmente, como personas, como familias y como comunidades.

A lo que nunca recurrió Jesús fue a la brujería o a la magia. Cuidémonos nosotros de estas malas creencias, que tanto daño nos traen, pues llenan el corazón de odio y son causa de irresponsabilidades, calumnias y enemistades.

2. ORACIÓN INICIAL: Recemos la oración que enseñó Jesús: *Padre nuestro*

3. LECTURA DEL EVANGELIO: *Marcos 2, 2-12: Curación del paralítico.*

4. DIÁLOGO COMUNITARIO

Ver:

a) Que alguien cuente a su modo el Evangelio que acabamos de oír. Si es necesario, se puede leer otra vez.

b) ¿Cuáles son las enfermedades que más hacen sufrir a nuestra gente?

c) ¿Qué actitudes tomamos los jóvenes ante los niños y los ancianos enfermos de nuestra zona?

Pensar:

a) ¿Por qué debemos cuidar de nuestra salud?

b) ¿Están los hospitales y las medicinas al alcance de nosotros? ¿Por qué será así?

c) ¿Qué ganamos cuando descuidamos nuestra salud o cuando nos emborrachamos o drogamos?

Actuar:

a) ¿Cómo podemos luchar para que mejore la salud de nosotros y de nuestra gente?

b) ¿Qué podemos hacer cuando visitamos a un anciano enfermo? Proponer visitar a alguno en concreto.

c) ¿Podríamos organizar huertos de verduras, tan necesarias para la salud?

d) ¿Podríamos organizar un botiquín comunitario? ¿Cómo funcionaría?

5 DINÁMICA

Representar cómicamente el trato que nos dan en los hospitales y centros de salud.

6. ORACIÓN COMUNITARIA

- Creemos que Dios quiere que luchemos contra las enfermedades.
- Sabemos que las enfermedades no son un castigo de Dios.
- Creemos que debe unirse la medicina popular y la medicina de los doctores.
- Perdón, Señor, por no cuidar debidamente nuestra salud.
- Perdón porque a veces caemos en la tentación escapista de las drogas.
- Perdón por creer a veces que las enfermedades son castigo de Dios.
- Gracias por las personas que nos ayudan a curar nuestras enfermedades.
- Gracias por las medicinas naturales que hay en nuestros campos.
- Gracias por algunos adelantos modernos de la medicina.

7. EVALUACIÓN

¿Que problemas hemos encontrado hoy en la reunión? ¿Cuál es la idea que más nos ha gustado?

8. CANTO DE DESPEDIDA

COMUNIÓN (Koinonía)



Jornada Mundial del Enfermo 2026

El Papa León XVI ha elegido el tema elegido para la XXXIV Jornada Mundial del Enfermo, que se celebrará el 11 de febrero de 2026, año solemne: **“La compasión del samaritano: amar llevando el dolor del otro”**.

Para esa ocasión, el Santo Padre nombró al Card. Michael Czerny SJ, prefecto del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral (DSDHI), su enviado especial para la XXXIV Jornada Mundial del Enfermo, que este año tendrá carácter solemne y que **será celebrada en Chiclayo, Perú**, la Diócesis sede del ministerio episcopal (de 2015 a 2023) del entonces Mons. Robert Prevost.

El tema, centrado en la figura evangélica del samaritano que manifiesta su amor al cuidar al hombre herido que ha caído en manos de los ladrones, quiere subrayar este aspecto del amor al prójimo: el amor necesita gestos concretos de cercanía, con los que se asume el sufrimiento ajeno, sobre todo el de aquellas personas que viven en situación de enfermedad, a menudo en un contexto de fragilidad debido a la pobreza, al aislamiento y a la soledad.

La Jornada Mundial del Enfermo, instituida por San Juan Pablo II en 1992, busca ser un momento privilegiado de oración, de cercanía y de reflexión para toda la comunidad eclesial y para la sociedad civil, llamada a reconocer el rostro de Cristo en los hermanos y hermanas marcados por la enfermedad y la fragilidad.

Con la celebración solemne en Chiclayo, la Iglesia universal dirige su mirada hacia América Latina y su solidaridad. Al igual que el buen samaritano que se detiene y se inclina ante el herido en el camino, la comunidad cristiana está llamada a detenerse ante quien sufre, y a dar testimonio evangélico

Mensaje del Santo Padre

El martes 20 de enero de 2026, en la Oficina de Prensa de la Santa Sede, se presentó el mensaje del Papa León XIV para la Jornada Mundial del Enfermo 2026, titulado **“La compasión del samaritano: amar llevando el dolor del otro”**.

En su mensaje, el Santo Padre retoma la parábola del Buen Samaritano como imagen central de la caridad cristiana: amar de verdad significa detenerse, acercarse y cuidar a quienes sufren. La compasión, de hecho, no es solo un sentimiento, sino que se traduce en gestos concretos y en un compromiso compartido, especialmente hacia los enfermos.

Amar al prójimo se convierte así en la prueba visible del amor a Dios e implica también una forma sana y verdadera de amarse a uno mismo. Desde esta perspectiva, el cuidado de los

enfermos y de los más frágiles no es un gesto opcional, sino uno de los signos más claros de la fidelidad al Evangelio.

En la presentación intervinieron:

- **Cardenal Michael Czerny SJ**, prefecto del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral y delegado oficial del Papa León XIV para la Jornada Mundial del Enfermo en Chiclayo, Perú.
- **P. Michel Daubanes**, rector del santuario de Notre Dame de Lourdes.
- **Giulia Civitelli**, médico responsable del centro de salud de la Cáritas Roma (y Misionera Secular Scalabriniana).
- **Marina Melone**, de la «Casa Gelsomino», en la parroquia romana de San Gregorio VII, un centro que acoge y ayuda a las familias de los niños ingresados en el hospital Bambino Gesù.

Asimismo, con motivo de la Jornada Mundial del Enfermo, 11 de febrero de 2026, el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral ha elaborado unos subsidios pastorales para facilitar su celebración en todas las iglesias del mundo, con una guía litúrgica, sugerencias para homilías, oraciones y actividades para jóvenes, niños y adultos.

Los subsidios pastorales para la celebración de la jornada mundial de los enfermos, ofrecidos por el Dicasterio se encuentran en el siguiente link:

<https://dssui.sharepoint.com/sites/comunicazione-e-restituzione/Documenti%20condivisi/Forms/AllItems.aspx?id=%252Fsites%252Fcom>

El Mensaje del Santo Padre León XIV para la Jornada Mundial de los Enfermos se encuentra en el siguiente link:

<https://www.vatican.va/content/leo-xiv/es/messages/sick/documents/20260113-messaggio-giornata-malato.html>



TESTIMONIO (Martiría)

LA ENFERMEDAD: ¿CÓMO AFRONTARLA CRISTIANAMENTE?

¿Cuál es el origen de toda enfermedad?

La Fe cristiana afirma que Dios no ha creado la enfermedad. Esa entró en el mundo causada por el primer pecado, cometido por el hombre Adán y la mujer Eva, cuando, tentados por el Diablo, abusando de su libertad, desobedecieron a Dios: querían ser superiores al mismo Dios y deseaban ardientemente conseguir sus fines fuera de Dios. De ahí en adelante los pecados de toda persona individual no han hecho más que acrecentar el mundo de los sufrimientos humanos. Dios por tanto no quiere la enfermedad; no ha creado el mal ni la muerte. Pero, desde el momento en que éstos, por causa del pecado, entraron en el mundo, su amor está todo dirigido a resanar al ser humano, a sanarlo del pecado e de todo mal y a colmarlo de vida, de paz y de gozo. Por esto ha enviado a su Hijo Jesús, quien ha muerto y resucitado para liberar al hombre del pecado y de sus consecuencias.

¿Cuál es el sentido de la enfermedad?

La enfermedad, que toca antes o después e implica la persona en todos sus niveles (desde el físico al psicológico, espiritual, moral), es y permanece siempre un misterio, un enigma. La ciencia y la técnica pueden ayudar a encontrar una respuesta a la enfermedad. Pueden curarla, aliviarla, eliminarla al menos en parte, pero no podrán eliminarla del todo, y sobre todo no podrán nunca dar una respuesta satisfactoria a los interrogantes fundamentales que el sufrimiento, la enfermedad, la misma muerte suscitan en el corazón del ser humano. Es necesario profundizar el sentido de la enfermedad, del dolor, del sufrimiento

teniendo presentes también sus fundamentos médico-científicos, históricos, filosóficos, bíblicos, teológicos. Es importante en particular profundizar los textos de la Sagrada Escritura acerca del sufrimiento, sobre el sentido de la muerte. El sentido último de tal realidad puede encontrarse solamente a la luz de la Fe cristiana: “Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad” (*Gaudium et spes*, 22). Dios de hecho no ha ahorrado el sufrimiento e incluso la muerte a Su mismo divino Hijo Jesús, el cual vence el pecado y los efectos del mismo (la enfermedad, el sufrimiento, la violencia y la muerte) con Su muerte en cruz y sobre todo con Su Resurrección. Y esta victoria la remite Cristo ante todo a sí mismo, destruyendo la muerte con Su Resurrección, y luego también para nosotros. De hecho, mediante el Bautismo por Él instituido, nos es perdonado el pecado original y resurgimos a la vida de hijos de Dios. Luego durante todo el recorrido de nuestra vida sobre la tierra, luchando contra el pecado y sus consecuencias, reportamos con Cristo la victoria, que por ahora es parcial, en la espera de aquella definitiva que Cristo realizará para nosotros al final de este mundo, cuando entonces todo sufrimiento, enfermedad, muerte serán por Él definitivamente destruidos. Por tanto, el sufrimiento puede hacerse sereno abandono a la voluntad divina y participación al sacrificio de Cristo.

¿Por qué siguen existiendo la enfermedad y el sufrimiento, a pesar de que Dios sea bueno, omnipotente, providente?

El CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA se expresa así en relación a esto:

“A esta pregunta tan apremiante como inevitable, tan dolorosa como misteriosa no se puede dar una respuesta simple. El conjunto de la fe cristiana constituye la respuesta a esta pregunta: la bondad de la creación, el drama del pecado, el amor paciente de Dios que sale al encuentro del hombre con sus Alianzas, con la Encarnación redentora de su Hijo, con el don del Espíritu, con la congregación de la Iglesia, con la fuerza de los sacramentos, con la llamada a una vida bienaventurada que las criaturas son invitadas a aceptar libremente, pero a la cual, también libremente, por un misterio terrible, pueden negarse o rechazar. No hay un rasgo del mensaje cristiano que no sea en parte una respuesta a la cuestión del mal. Sin embargo, en su sabiduría y bondad Infinitas, Dios quiso libremente crear un mundo “en estado de vía” hacia su perfección última. Este devenir trae consigo en el designio de Dios, junto con la aparición de ciertos seres, la desaparición de otros; junto con lo más perfecto lo menos perfecto; junto con las construcciones de la naturaleza también las destrucciones. Por tanto, con el bien físico

existe también el mal físico, mientras la creación no haya alcanzado su perfección. Así, con el tiempo, se puede descubrir que Dios, en su providencia todopoderosa, puede sacar un bien de las consecuencias de un mal, incluso moral, causado por sus criaturas: “No fuisteis vosotros, dice José a sus hermanos, los que me enviasteis acá, sino Dios... aunque vosotros pensasteis hacerme daño, Dios lo pensó para bien, para hacer sobrevivir... un pueblo numeroso”. Del mayor mal moral que ha sido cometido jamás, el rechazo y la muerte del Hijo de Dios, causado por los pecados de todos los hombres, Dios, por la superabundancia de su gracia, sacó el mayor de los bienes: la glorificación de Cristo y nuestra Redención. Sin embargo, no por esto el mal se convierte en un bien. Creemos firmemente que Dios es el Señor del mundo y de la historia. Pero los caminos de su providencia nos son con frecuencia desconocidos. Sólo al final, cuando tenga fin nuestro conocimiento parcial, cuando veamos a Dios «cara a cara» (1Cor 13,12), nos serán plenamente conocidos los caminos por los cuales, incluso a través de los dramas del mal y del pecado, Dios habrá conducido su creación hasta el reposo de ese Sabbath definitivo, en vista del cual creó el cielo y la tierra” (CCC, 309-314).

¿Cómo se comportó Cristo en relación a los enfermos?

Cristo, en su vida terrena, ha tenido una particular predilección hacia los enfermos y los que sufren. De hecho:

- Ha preferido a los que sufren;
- Ha sanado muchos enfermos, que recurrían a Él con confianza: tales curaciones muestran que Jesús es verdaderamente ‘Dios que salva’;
- No ha venido sin embargo para eliminar todos los males aquí abajo, sino para liberar a los seres humanos de la más grave esclavitud: la del pecado, que es la causa de todos los males y sufrimientos;
- Se ha identificado con el enfermo: “”Estuve enfermo y mi visitaste” (Mt 25,36); “Él ha tomado nuestras enfermedades y se ha cargado nuestras males” (Mt 8,17);
- Ha confiado a sus apóstoles el ministerio de la curación, diciéndoles: “Curen a los enfermos” (Mt 10,8);

- Ha instituido en particular dos sacramentos para los enfermos: la Eucaristía (en cuanto Viático) y el Sacramento del Unción de los enfermos;
- Ha enseñado a los que lo seguían a trascender el sufrimiento y a darle un significado salvador;
- Ha invitado a todos sus seguidores a estar dispuestos a sufrir con él y como él: “Si alguno quiere seguirme se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga” (Mt 16,24);
- Ha asegurado su ayuda: “Te basta mi gracia: mi poder en efecto se manifiesta plenamente en la debilidad” (2 Cor 12,9);
- Continúa estando con nosotros y por nosotros, sobre todo en nuestros momentos de sufrimiento.

Pero Jesucristo ha hecho incluso mucho más:

- Ha vivido, él mismo, el sufrimiento, hasta la muerte y muerte de cruz;
- Ha vencido, resucitando, el sufrimiento y la muerte, por sí y por nosotros.

¿Cuál es el comportamiento de la Iglesia en relación a los enfermos?

La Iglesia, en su constante solicitud por los enfermos:

- iluminada por la fe, proclama y testimonia el Evangelio del sufrimiento;
- ha siempre acompañado y continuará a acompañar la predicación del Evangelio con iniciativas de asistencia y cuidado a favor de la multitud de los que sufren;
- ofrece su propia contribución específica mediante el acompañamiento humano y espiritual de los enfermos;
- invita a abrirse al mensaje del amor de Dios, siempre atento a las lágrimas de quien se dirige a Él;
- sostiene la importancia de la pastoral sanitaria, en la cual adquieren un rol de especial relieve las capellanías de los hospitales, que tanto contribuyen al bien espiritual de los que pasan por las estructuras sanitarias;

· favorece el desarrollo de aquel aporte precioso que es dado por el voluntariado, que con su servicio dan vida a aquella fantasía de la caridad, que infunde esperanza también a la experiencia humana del sufrimiento. Es también por medio de voluntarios que Jesús puede continuar hoy a pasar entre los hombres, para beneficiarlos y sanarlos.

¿Cuál es la tarea de la medicina?

La medicina tiene como tarea: servir siempre a la vida: promoviéndola y defendiéndola desde su concepción hasta su ocaso natural. También cuando sabe que no puede debelar una grave patología, dedica sus propias capacidades a suavizar los sufrimientos. Reconocer y respetar (o al menos no excluir) la dimensión trascendente, moral y espiritual de la vida humana. Actuar y acrecentar la investigación y el progreso científico:

- Como instrumento formidable para mejorar las condiciones de vida y de bienestar;
- En el respeto de la intangibilidad de cada ser humano;
- Evitando toda voluntad de dominio.

Realizar continuamente una atenta reflexión sobre la naturaleza misma del ser humano, sobre su dignidad de ser humano creado por Dios a su imagen y semejanza. Tal dignidad inviolable del ser humano:

- pone al ser humano al centro y en la cima de todo lo que existe en la tierra;
- encuentra su fundamento:
 - en el misterio de la Creación, y en el de la Redención, realizada por Jesucristo, el Hijo eterno de Dios, Verbo de la Vida;
 - y en el destino del ser humano, el cual está llamado a ser hijo de Dios en el Hijo (Jesucristo) y templo vivo del Espíritu Santo, en la perspectiva de la vida eterna de comunión beatificante con Dios;
 - va respetada en cualquier circunstancia o condición en la que se encuentre el ser humano y en cualquier estadio de su desarrollo en el que se encuentre (embrión, feto, niño, adulto, anciano o moribundo). Ni siquiera el sufrimiento, el estado de inconsciencia, la inminencia de la muerte disminuyen la intrínseca dignidad de la persona humana.

- Recordar que el servicio de la medicina a la vida y a la salud es siempre y en todo caso un servicio que remite al sentido del sufrimiento y de la muerte.
- Dejarse vivificar por la inspiración cristiana, la cual no quita nada al ser humano y a la investigación científica, la ilumina y la dirige al verdadero bienestar integral de cada persona y de toda la persona.

¿Cuál es la tarea de los médicos?

Los médicos tienen la tarea de: ser siempre los servidores de la vida, que es siempre un bien en sí misma y por sí misma. Respetar los principios éticos que tienen su raíz en el mismo Juramento de Hipócrates, el cual afirma que:

- No hay vidas indignas de ser vividas;
- No hay sufrimientos, por cuanto penosos, que puedan justificar la supresión de una existencia;
- No hay razones, por muy altas, que hagan plausible la creación de seres humanos destinados a ser utilizados y destruidos.

Contribuir efectivamente a la eliminación de los motivos del sufrimiento que humillan y entristecen al ser humano, y a edificar un mundo siempre más acorde con la dignidad del ser humano.

Ponerse a la escucha de cada ser humano, sin distinción ni discriminación alguna, y acoger a todos para aliviar los sufrimientos de cada uno.

Ver en el enfermo no un número clínico, sino una persona a la cual acercarse con humanidad y participación: a pesar de todo, el enfermo siempre vale más que su enfermedad y su vida vale más que aquello que la amenaza.

Curar ciertamente la enfermedad, pero sobretudo al enfermo, teniendo presente la complementariedad e interdependencia de todas las dimensiones de la persona (físicas, afectivas, morales, espirituales, familiares, sociales...).

Ir al encuentro de las necesidades de toda la persona, recordando que la única respuesta verdaderamente humana, de frente al sufrimiento ajeno, es el amor que se prodiga en el acompañamiento y en el compartir.

Agregar al aporte institucional de la propia profesionalidad el 'corazón', que sólo está en grado de llegar al 'corazón' del enfermo y de humanizar las estructuras.

Vivir la propia profesión como don de sí al enfermo (caridad profesional).

Recordar que existe una relación directamente proporcional entre la capacidad de sufrir y la capacidad de ayudar a quien sufre: quien está dispuesto a aceptar y soportar con fuerza interior y con serenidad los propios sufrimientos es también la persona más sensible al dolor ajeno y la más pronta a aliviar los dolores de los demás.

Poner en acto la verdadera compasión, la cual:

- promueve todo racional esfuerzo para favorecer la curación del paciente;
- acompaña al paciente con amoroso respeto y dedicación durante toda la duración de su enfermedad, poniendo en acto todas las acciones y las atenciones posibles para disminuir los sufrimientos y favorecer una vivencia de los mismos en cuanto posible serena;
- estimula la solidaridad y el compartir no sólo junto y por quien sufre sin más esperanza, sino también junto y por quien vive la experiencia del dolor de una persona querida;
- al mismo tiempo ayuda a detenerse cuando ninguna acción resulta ya útil a la curación.

¿Cuál es la tarea de los médicos católicos?

El médico católico tiene la misión de: poner en acto los mismos empeños expuestos anteriormente los cuales son comunes a los médicos no católicos, con mayor dedicación y espíritu de abnegación, testimoniando el amor de Cristo por los enfermos. Prestar atención a la dimensión espiritual del ser humano, teniendo muy presente el sentido cristiano de la vida y de la muerte, y la función del dolor en la vida humana. Respetar siempre y fielmente la ley de Dios, poniendo en acto si es necesario la objeción de conciencia de frente a aquellas personas que contradicen la ley divina. Saber reconocer en cada enfermo al mismo Cristo: ocupándose del enfermo, el cristiano sabe que se ocupa del mismo Cristo (cfr. *Mt* 25,35-40). Tomar de la fe cristiana el conforto en el propio sufrimiento y la capacidad de aliviar el sufrimiento ajeno.

Estar:

· Consciente de ser un instrumento del amor misericordioso de Dios;

Colaborar con cuantos están empeñados en la pastoral del sufrimiento. Vivificar el propio servicio médico con la oración constante a Dios, “amante de la vida” (*Sap* 11,26), recordando siempre que la curación, en última instancia, viene del Altísimo, por la intercesión particular también de la Santísima Virgen María invocada como *Salus infirmorum et Mater Scientiae*. Poner en práctica no sólo las curas médicas, sino también las espirituales, las cuales constituyen no sólo una necesidad sentida, sino incluso un derecho fundamental de todo enfermo, con la consecuente responsabilidad de quienes lo asisten. Interrogarse acerca de la propia espiritualidad, sobre el sistema de valores que guía la propia existencia, sobre las respuestas que nacen del corazón a los interrogantes relacionados con el significado del sufrimiento y de la muerte. Llevar consuelo cristiano a los enfermos y a sus familiares. Favorecer por parte del enfermo la petición y la acogida en la Fe, de los sacramentos que Cristo ha instituido también para ayudar espiritualmente al enfermo: los Sacramentos de la Confesión, de la Eucaristía (en particular como Viático) y de la Unción de los enfermos.

¿Cuáles aspectos positivos provienen de la enfermedad?

La enfermedad puede:

Ayudar a tomar conciencia de nuestra limitación, de la precariedad de nuestro camino aquí en la tierra.

Dar origen a una densa y amplia red de solidaridad a nivel familiar y social (voluntariado).

Ofrecer la posibilidad de saber leer el designio de Dios en la propia vida. La “clave” de tal lectura está constituida por la Cruz de Cristo. El Verbo encarnado se ha encontrado con nuestra debilidad, asumiéndola sobre sí en el misterio de la Cruz. Quien sabe acogerla en su vida experimenta cómo el dolor, iluminado por la Fe, llega a ser fuente de esperanza y de salvación.

Constituir una concreta posibilidad, ofrecida a nuestra libertad, para decidir cuál realización escoger para nuestra existencia.

Tener también un valor redentor para sí y para los demás. Si el sufrimiento va unido al de Cristo, se hace participación en la obra de la salvación de Jesucristo, llega a ser medio de

salvación, puede traer beneficios morales y espirituales al paciente y a la humanidad. “Yo completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, a favor de su cuerpo que es la Iglesia” (Col 1,24).

¿Cuáles beneficios produce el sacramento de la Unción a los enfermos?

Este sacramento, instituido por Cristo no para los muertos, sino para los vivos, y por tanto para el cristiano gravemente enfermo, confiere un don particular del Espíritu Santo, una gracia de consuelo, de paz de coraje:

- Para enfrentar las dificultades de la enfermedad;
- Para unirse más íntimamente a la pasión de Cristo;
- Para contribuir al bien del Pueblo de Dios.

Perdona todos los pecados, si no ha sido posible celebrar antes el sacramento de la confesión. Favorece a veces la curación, si esto ayuda a la salvación espiritual del enfermo. Prepara para el paso a la vida eterna.

Permite usufructuar de la oración de toda la Iglesia que:

- intercede por el bien del enfermo;
- sufre junto con él;
- se ofrece, por medio de Cristo, a Dios Padre.

¿Cuál es la concepción cristiana acerca de los cuidados paliativos?

La Fe cristiana, reconoce la licitud y la necesidad en algunos casos de los cuidados paliativos, los cuales están “destinados a hacer más soportable el sufrimiento en la fase final de la enfermedad y a asegurar al mismo tiempo al paciente un adecuado acompañamiento” (JUAN PABLO II, *Evangelium vitae*, 65). Estas de hecho buscan aliviar especialmente en el paciente Terminal, una vasta gama de síntomas de sufrimiento físico, psíquico y mental, y requieren por lo mismo la intervención de un equipo de especialistas con competencia médica, psicológica y religiosa, compenetrados entre ellos para sostener al paciente en la fase crítica.

Afirma al mismo tiempo la necesidad de respetar la libertad de los pacientes, los cuales deben ser puestos en grado, en la medida de lo posible, “de satisfacer sus obligaciones morales y familiares y sobre todo deben poder prepararse con plena conciencia al encuentro definitivo con Dios” (op. Cit., 65).

Recomienda que el suministro de los analgésicos sea efectivamente proporcionado a la intensidad y a la cura del dolor, evitando cualquier forma de eutanasia como se tendría suministrando ingentes cantidades de analgésicos proporcionados con la finalidad de provocar la muerte.

Recuerda la teoría del llamado doble efecto ligado al uso de tales fármacos: los cuales de hecho si por una parte alivian el dolor, por otra parte pueden llevar a la dependencia o incluso acelerar el efecto letal de la enfermedad.

Anima la formación de especialistas en cuidados paliativos, en particular con la creación tanto de estructuras didácticas en las cuales pueden interesarse también psicólogos y agentes pastorales, como de casas de cuidado para los enfermos terminales, recordando que ya en el siglo primero, en tiempos del Papa San Cleto –tercer sucesor de San Pedro- la Iglesia había proveído a su construcción.

¿Qué dice la Fe cristiana acerca del ensañamiento terapéutico?

La fe cristiana afirma que:

- El rechazo del ensañamiento terapéutico no es un rechazo del paciente y de su vida.
- El objeto de la deliberación sobre la conveniencia de iniciar o continuar una práctica terapéutica no es el valor de la vida del paciente, sino el valor de la intervención médica sobre el paciente.
- La eventual decisión de no dar inicio o de interrumpir una terapia debe considerarse éticamente correcta cuando la misma es el resultado ineficaz o claramente desproporcionado a los fines del mantenimiento de la vida o de la recuperación de la salud del paciente.
- El rechazo del ensañamiento terapéutico por tanto es expresión del respeto que en todo instante se le debe al paciente.

¿Cuándo no habrá más enfermedad, sufrimiento y muerte?

La enfermedad, el sufrimiento y la muerte no existirán más desde el momento en que Cristo Señor retornará al final de los tiempos, para liberar el universo de la corrupción y de la muerte y para renovarlo con “los nuevos cielos y una nueva tierra” (2 Pt 3,13).

El *Primicerio* de la Basílica de los Santos Ambrosio y Carlos en Roma

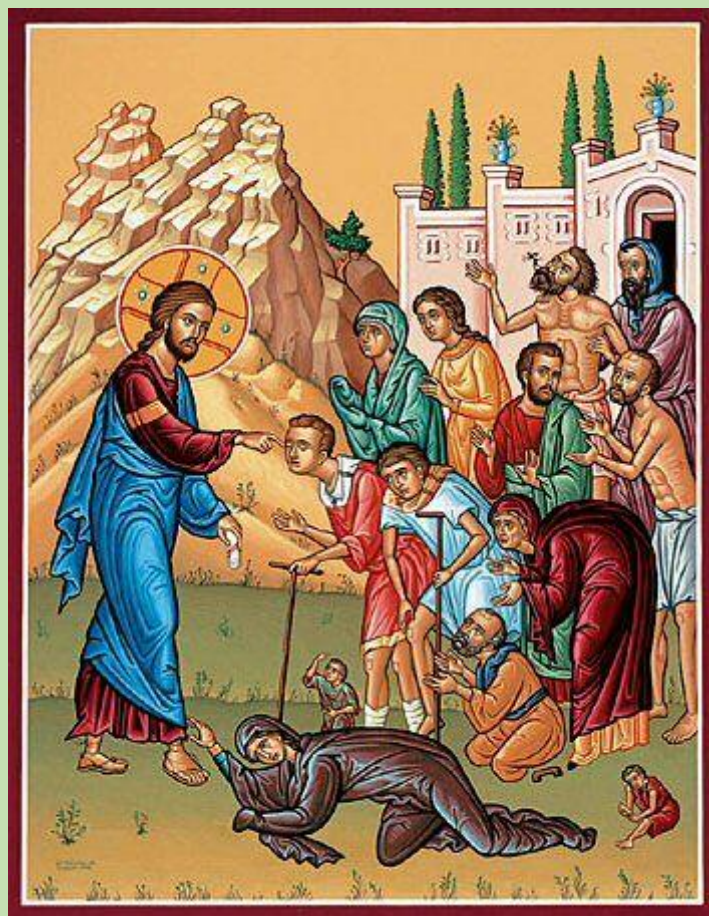
Monsignor Raffaello Martinelli

Bibliografía:

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA (CCC), nn. 309-314; 1499-1525;

JUAN PABLO II: *Salvifici Doloris*, 1984; *Evangelium vitae*, 1995;

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE (CDF): *Donum vitae*, 1987;



INFORMACIÓN

En este apartado ofrecemos aquellas informaciones breves y que pueden ser consideradas de interés para la comunidad diocesana, que desde los organismos y comunidades parroquiales, barriales o educativas nos hacen llegar. Las mismas están integradas en la AGENDA - CALENDARIO MENSUAL, pero aquí se exponen especialmente.

Retiro de Cuaresma

Sábado 28 de febrero

9 a 18 hrs.

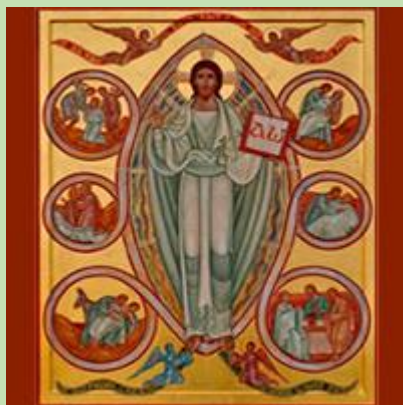
CASA VILLA GUADALUPE

Se requiere inscripción previa hasta el 20 de febrero, al 099618224

Animan:

Silvia Lago, OV y Sandra De Filipis OV

Habrà presencia de sacerdote para confesiones, termina con la Eucaristía





Centro Diocesano de Pastoral y Espiritualidad **La PASCUA** Diócesis de Canelones

Misión: promover la espiritualidad cristiana, compromiso con Dios revelado en Jesucristo, buscando adhesión a su persona, y su enseñanza, mediante la guía del Espíritu Santo que conduce al creyente hacia la santidad y el servicio.

Ubicado al final del Camino al Monasterio, en el Municipio de Juanicó, a los fondos de Villa Guadalupe.

Ofrece un entorno natural que favorece el silencio y la oración, con capacidad de alojamiento para pequeños grupos.

Para coordinación y reserva: 099 618 224

Nos reservamos Derechos de Admisión

Celebración de Sacramentos – Coordinación y Formación en Parroquia de Juanicó
Santa Misa – SEGUNDO DOMINGO DE MES – 17.00 horas



VILLA GUADALUPE

Ruta 5 – Km 42.500 – Departamento de Canelones

TU CASA

CASA DIOCESANA de ENCUENTROS y RETIROS

DIÓCESIS de CANELONES

Con amplia capacidad de alojamiento para grupos, espacios de reunión, comedor, estacionamiento, patios, parque, facilita experiencias de oración, aprendizaje, capacitación para grupos parroquiales, instituciones educativas, organizaciones y asociaciones.

Condiciones y facilidades al alcance en un lugar incomparable.

Por RESERVAS y CONSULTAS: 099 618 224
Nos reservamos Derecho de Admisión

Desde el inicio del mes de enero, Villa Guadalupe, inicia una nueva gestión, para dar continuidad al servicio de la Casa y expandir sus propuestas. La clave de esta gestión es el trabajo en equipo. Se han conformado dos equipos de trabajo: “gestión” y “asesoramiento” que hacen a un total de 15 integrantes, coordinados por el P. Leonardo. El compromiso de dar continuidad y a la vez ofrecer innovación a favor de la identidad de la casa son las motivaciones de la tarea emprendida. En un primer mes de trabajo compartido ya tenemos motivos de sobra para agradecer las muestras de apoyo y el sentido de pertenencia de

tantas personas que desde su saber y tener se hacen presentes. Iremos compartiendo por este medio los avances en las distintas dimensiones de la tarea y la concreción de proyectos.

Desde diciembre, por decisión del Obispo, se ha iniciado una nueva etapa en la gestión del Centro Diocesano de Espiritualidad y Pastoral “La Pascua” (ex monasterio), la comunidad local está siendo acompañada en este período por el Padre Leonardo, en esta etapa estaremos trabajando sobre las posibles propuestas del Centro y los mantendremos informados.

ANIMACIÓN

En este apartado ofrecemos, en cada publicación, una “ficha de tarea” que puede ser utilizada en grupos, comunidades, familias...y pretende ser una sencilla herramienta que favorezca el aprendizaje compartido a favor de la vida pastoral misionera de los bautizados.

PRIMERA CATEQUESIS DEL PAPA LEÓN XIV SOBRE EL CONCILIO VATICANO II

LEÓN XIV

AUDIENCIA GENERAL

Aula Pablo VI

Miércoles, 7 de enero de 2026

Catequesis. El Concilio Vaticano II a través de sus documentos.

Catequesis introductoria

Hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Después del Año jubilar, durante el cual nos hemos detenido sobre los misterios de la vida de Jesús, empezamos un nuevo ciclo de catequesis que se dedicará al Concilio Vaticano II y a la relectura de sus Documentos. Se trata de una ocasión valiosa para redescubrir la belleza y la importancia de este evento eclesial. San Juan Pablo II, al final del Jubileo del 2000, afirmaba así: «Siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX» (Cart. ap. *Novo millennio ineunte*, 57).

Junto al aniversario del Concilio de Nicea, en el 2025 hemos recordado los sesenta años del Concilio Vaticano II. Aunque el tiempo que nos separa de este evento no es mucho, también es verdad que la generación de Obispos, teólogos y creyentes del Vaticano II hoy ya no están. Por tanto, mientras sentimos la llamada a no apagar la profecía y seguir buscando caminos y formas para implementar las intuiciones, será importante conocerlo nuevamente de cerca, y hacerlo no a través “de oídas” o de interpretaciones que se han dado, sino releando sus Documentos y reflexionando sobre su contenido. De hecho, se trata del Magisterio que constituye todavía hoy la estrella polar del camino de la Iglesia. Como enseñaba Benedicto XVI «los documentos conciliares no han perdido su actualidad con el paso de los años; al contrario, sus enseñanzas se revelan particularmente pertinentes ante las nuevas instancias de la Iglesia y de la actual sociedad globalizada» (*Primer mensaje después de la misa con los cardenales electores*, 20 abril de 2005).

Cuando el Papa san Juan XXIII abrió la asamblea conciliar, el 11 de octubre de 1962, habló de ello como de la aurora de un día de luz para toda la Iglesia. El trabajo de los numerosos Padres convocados, procedentes de las Iglesias de todos los continentes, en efecto allanó el camino para una nueva época eclesial. Después de una rica reflexión bíblica, teológica y litúrgica que había atravesado el siglo XX, el Concilio Vaticano II ha redescubierto el rostro de Dios como Padre que, en Cristo, nos llama a ser sus hijos; ha mirado a la Iglesia a la luz del Cristo, luz de las gentes, como misterio de comunión y sacramento de unidad entre Dios y su pueblo; ha iniciado una importante reforma litúrgica poniendo en el centro el misterio de la salvación y la participación activa y consciente de todo el Pueblo de Dios. Al mismo tiempo, nos ha ayudado a abrirnos al mundo y a acoger los cambios y los desafíos de la época moderna en el diálogo y en la corresponsabilidad, como una Iglesia que desea abrir los brazos hacia la humanidad,

hacerse eco de las esperanzas y de las angustias de los pueblos y colaborar en la construcción de una sociedad más justa y más fraterna.

Gracias al Concilio Vaticano II, «la Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio» (S. Pablo VI, Cart. enc. *Ecclesiam suam*, 34), comprometiéndose a buscar la verdad a través del camino del ecumenismo, del diálogo interreligioso y del diálogo con las personas de buena voluntad.

Este espíritu, esta actitud interior, debe caracterizar nuestra vida espiritual y la acción pastoral de la Iglesia, porque todavía debemos realizar más plenamente la reforma eclesial en clave ministerial y, delante de los desafíos actuales, estamos llamados a seguir siendo atentos intérpretes de los signos de los tiempos, alegres anunciadores del Evangelio, valientes testigos de justicia y de paz. Mons. Albino Luciani, futuro Papa Juan Pablo I, como Obispo de Vittorio Véneto, al principio del Concilio escribió proféticamente: «Existe como siempre la necesidad de realizar no tanto organismos o métodos o estructuras, sino santidad más profunda y extensa. [...] Puede ser que los frutos excelentes y abundantes de un Concilio se vean después de siglos y maduren superando laboriosamente contrastes y situaciones adversas». [1] Redescubrir el Concilio, por tanto, como ha afirmado el Papa Francisco, nos ayuda a «volver a dar la primacía a Dios, a lo esencial, a una Iglesia que esté loca de amor por su Señor y por todos los hombres que Él ama» (*Homilía en el 60° aniversario de inicio del Concilio Vaticano II*, 11 de octubre 2022).

Hermanos y hermanas, lo que dijo san Pablo VI a los Padres conciliares al final de los trabajos, permanece también para nosotros, hoy, un criterio de orientación; él afirmó que había llegado la hora de la salida, de dejar la asamblea conciliar para ir al encuentro de la humanidad y llevarle la buena noticia del Evangelio, en la conciencia de haber vivido un tiempo de gracia en el que se condensaba pasado, presente y futuro: «El pasado, porque está aquí reunida la Iglesia de Cristo, con su tradición, su historia, sus concilios, sus doctores, sus santos. El presente, porque nos separamos para ir al mundo de hoy, con sus miserias, sus dolores, sus pecados, pero también con sus prodigiosos éxitos, sus valores, sus virtudes... El porvenir está allí, en fin, en el llamamiento imperioso de los pueblos para una mayor justicia, en su voluntad de paz, en su sed, consciente o inconsciente, de una vida más elevada: la que precisamente la Iglesia de Cristo puede y quiere darles» (S. Pablo VI, *Mensaje a los Padres conciliares*, 8 de diciembre de 1965).

También es así para nosotros. Acercándonos a los Documentos del Concilio Vaticano II y redescubriendo la profecía y la actualidad, acogemos la rica tradición de la vida de la Iglesia y, al mismo tiempo, nos interrogamos sobre el presente y renovamos la alegría de correr al encuentro del mundo para llevar el Evangelio del reino de Dios, reino de amor, de justicia y de paz.

[1] A. Luciani – Giovanni Paolo I, *Notas sobre el Concilio*, en *Opera omnia*, vol. II, Vittorio Véneto 1959-1962. *Discursos, escritos, artículos*, Padua 1988, 451-453.

COOPERACIÓN

La cooperación es el signo de madurez en la vida cristiana, es el tiempo donde se “juega el partido”, donde se pasa del entrenamiento y el aprendizaje inicial para empezar a ser protagonista del juego.

Cada mes nos ofrecerá ocasión de proponer acentos en la dimensión cooperativa de nuestra vida y en este apartado nos los propondremos.

Dedicamos este espacio sobre COOPERACIÓN, a la Vida Consagrada, con motivo de la celebración de la Jornada Mundial el 2 de febrero, proponemos la lectura del discurso del Santo Padre en el jubileo de la VC el pasado mes de octubre, en Roma. Y dejamos el link del material propuesto por la Conferencia Episcopal de España para la celebración de esta jornada.

Nos invitamos a descubrir en la vida consagrada en sus diferentes expresiones y carismas, esas “luces” que el Concilio Vaticano II en el Documento Perfectae Caritatis menciona cuando se refiere a los consagrados, luces al servicio de la vida plena del Santo Pueblo Fiel de Dios.

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV

Aula Pablo VI

Viernes, 10 de octubre de 2025

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

¡La paz sea con ustedes!

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Me alegra estar con ustedes, que representan a todos los consagrados y consagradas del mundo, en esta semana de su Jubileo en Roma. Los recibo con un abrazo que sale del corazón y deseo que llegue hasta los rincones más lejanos de la tierra, donde sé que puedo encontrarlos. Particularmente, recordando lo que ya les dijo el Papa Francisco, quiero declarar a mi vez que la Iglesia necesita de ustedes y de toda la diversidad y la riqueza de las formas de consagración y ministerio que representan (cf. *Mensaje para la Jornada Mundial de la Vida Consagrada*, 2 febrero 2023).

Con su vitalidad y con el testimonio de una vida en la que Cristo es el centro y el Señor, pueden contribuir a «despertar al mundo» (cf. Francisco, Carta apost. a todos los consagrados con motivo del Año de la Vida Consagrada, 21 noviembre 2014, II, 2). Esto lo hemos escuchado esta mañana, que pueden hacer despertar al mundo. En este sentido, habría que reiterar siempre lo importante que es para todos ustedes estar arraigados en Cristo. Solo así, de hecho, podrán cumplir la misión de manera fecunda, viviendo la vocación como parte de la maravillosa aventura de seguir más de cerca a Jesús (cf. CONC. ECUM. VAT. II, Decr. *Perfectae Caritatis*, 1). Unidos a Él, y en Él entre ustedes, sus pequeñas luces se convierten en el trazado de un camino luminoso en el gran proyecto de paz y salvación que Dios tiene para la humanidad. Por eso, a ustedes, hijas e hijos de Fundadores y Fundadoras, les dirijo una cálida exhortación a “volver al corazón”, como el lugar en el cual redescubrir la chispa que animó los inicios de su historia, entregando a quienes les precedieron una misión específica que no pasa y que hoy se les confía a ustedes. En efecto, es en el corazón donde se produce la «paradójica conexión entre la valorización de uno mismo y la apertura a los demás, entre el encuentro personalísimo con uno mismo y el don de uno mismo a los demás» (Francisco, Carta enc. *Dilexit nos*, 18). Es en la interioridad, cultivada en la oración y en la comunión con Dios, donde echan raíces los mejores frutos del bien según el orden del amor, en la plena promoción de la singularidad de cada uno, en la valorización del propio carisma y en la apertura universal de la caridad.

Ustedes se han preparado para estos días con un largo camino, en sus países, dentro de sus Institutos, Sociedades y Asociaciones, dentro de las diversas Conferencias, inspirados por el lema: «*Peregrinos de esperanza, en el camino de la paz*». Hay una profunda necesidad de esperanza y paz que habita en el corazón de cada hombre y mujer de nuestro tiempo, y ustedes, consagradas y consagrados, quieren ser portadores y testigos de ello con su vida, como divulgadores de la concordia a través de la palabra y el ejemplo, y antes aún como personas que llevan en sí mismas, por la gracia de Dios, la huella de la reconciliación y la unidad. Solo así podrán ser, en los diversos ambientes en los que viven y trabajan, constructores de puentes y difusores de una cultura del encuentro (cf. Francisco, Carta enc. *Fratelli tutti*, 215), en el diálogo, en el conocimiento recíproco, en el respeto por las

diferencias, con esa fe que les hace reconocer en cada ser humano un único rostro sagrado y maravilloso: el de Cristo.

Ayer por la noche, muchos de ustedes entablaron diálogo con la ciudad de Roma en algunas plazas, con momentos de intercambio, de fraternidad y de testimonio en torno a temas importantes, como *el compromiso por construir una fraternidad universal*, la *atención a las personas más pobres* y el *cuidado de la creación*. Son puntos focales que hablan de su esfuerzo constante por establecer y promover ambientes y estructuras de fraternidad, donde se venza la pobreza, se ponga en el centro la dignidad de la persona humana y se escuche el clamor de la «casa común». Se trata de ámbitos de servicio por los que, a lo largo de los siglos, la vida consagrada siempre ha mostrado un interés y un cuidado especiales y hacia los que, aún hoy, su actuar cotidiano y oculto da testimonio de una atención privilegiada. ¡Sigan haciéndolo así! ¡Sigan siendo guardianes y promotores de esta gran tradición, por el bien de los hermanos!

Sin embargo, me gustaría invitarles a reflexionar sobre otro tema importante para la Iglesia de nuestro tiempo: el de la sinodalidad, exhortándoles a permanecer fieles al camino que todos estamos recorriendo en esta dirección. San Pablo VI hablaba de ello en términos muy hermosos. Escribía: «¡Cuánto deseáramos disfrutar en plenitud de fe, de caridad, de obras este diálogo doméstico; cuánto deseáramos que fuera intenso y familiar! ¡Cuán sensible a todas las verdades, a todas las virtudes, a todas las realidades de nuestro patrimonio doctrinal y espiritual! ¡Cuán sincero y conmovedor en su genuina espiritualidad! ¡Cuán dispuesto a recoger las múltiples voces del mundo contemporáneo! ¡Cuán capaz de hacer de los católicos hombres verdaderamente buenos, hombres sabios, hombres libres, hombres serenos y fuertes!». (Carta enc. *Ecclesiam suam*, 6 agosto 1964, 117). Es la descripción de una misión apasionante: un «diálogo doméstico» que hoy se confía también a ustedes, es más, a ustedes de manera especial, para una continua renovación del Cuerpo de Cristo en las relaciones, en los procesos, en los métodos. Su vida, la forma misma en que están organizados, el carácter frecuentemente internacional e intercultural de sus Institutos, los colocan de hecho en una condición privilegiada para poder vivir cotidianamente valores como la escucha recíproca, la participación, el intercambio de opiniones y capacidades, la búsqueda común de caminos según la voz del Espíritu.

De todo esto, la Iglesia les pide hoy que sean testigos especiales en las diferentes dimensiones de su vida, en primer lugar, caminando en comunión con toda la gran familia de Dios, sintiéndola como Madre y Maestra, compartiendo en ella la alegría de su vocación y también, cuando sea necesario, superando divisiones, perdonando injusticias sufridas, pidiendo perdón por las cerrazones provocadas por la autorreferencialidad. Trabajen para convertirse, día a día, cada vez más en «expertos en sinodalidad», para ser profetas al servicio del pueblo de Dios.

Para terminar, me gustaría hacerles una invitación a ver el mañana con serenidad y confianza, y a no tener miedo de tomar decisiones valientes. Quisiera, a este respecto, recordar lo que el Papa Francisco escribió en la *Carta apostólica a los consagrados con motivo del Año de la Vida Consagrada*. Nuestra esperanza, escribía, «no se basa en los números ni en las obras, sino en Aquél en quien hemos puesto nuestra confianza (cf. 2Tm 1,12) y para quien “nada es imposible” (Lc 1,37). Esta es la esperanza que no defrauda y que permitirá a la vida consagrada seguir escribiendo una gran historia en el futuro, hacia el cual debemos mantener nuestra mirada, conscientes de que es hacia él hacia donde nos impulsa el Espíritu Santo para seguir haciendo grandes cosas con nosotros» (n. 3). Y añadía: «Escudriñen los horizontes de su vida y del momento actual con vigilante atención» (*Ibíd.*).

Queridas hermanas y hermanos, ¡sigan con esta confianza su camino! Les agradezco su fidelidad y el gran bien que hacen en la Iglesia y en el mundo. Les prometo un recuerdo especial en mi oración y los bendigo de corazón.

Gracias.

Material Ofrecido para la Jornada Mundial de la Vida Consagrada, por la Conferencia Episcopal de España:

<https://www.conferenciaepiscopal.es/wp-content/uploads/2026/01/jornada-mundial-vida-consagrada-2026-materiales.pdf>



ESPIRITUALIDAD

En este apartado compartimos aprendizajes al servicio de la Espiritualidad Cristiana

La Cuaresma, estima de la vida en Jesucristo

Los domingos de Cuaresma, que preparan a celebrar la Pascua, vuelven a situarnos en la perspectiva de renovar la identidad de nuestra fe. Por eso acuden al momento fundamental de nuestro ser cristiano tanto presentando temas bautismales como penitenciales.

El recuerdo anual de la obra salvífica de Cristo se despliega a través de las diversas etapas del año litúrgico. Esta celebración aporta a nuestra vida espiritual un sólido apoyo, porque justamente nuestro objetivo consiste en coincidir con la vida de Cristo. Por eso seguir con atención el curso de la celebración de los misterios del Señor en la liturgia es fuente de renovación de la vida cristiana. Interesa aquí subrayar el valor espiritual y renovador del tiempo cuaresmal, que celebramos como preparación para la Pascua.

El concilio Vaticano II, tratando de explicar el contenido de este tiempo litúrgico, declara: «El tiempo cuaresmal prepara a los fieles, entregados más intensamente a oír la Palabra de Dios y a la oración, para que celebren el misterio pascual, sobre todo mediante el recuerdo o preparación del bautismo y mediante la penitencia» (*Sacrosantum Concilium* 109). Por eso se pide para este tiempo subraya los elementos bautismales propios de la liturgia cuaresmal y fomentar la penitencia que lucha contra el pecado en cuanto ofensa al Señor: son los dos pilares sobre los que tradicionalmente se ha asentado esta celebración. Alrededor de este núcleo las diversas condiciones de los fieles y de los países han incorporado una serie de práctica religiosas, que están muy arraigadas en el pueblo fiel, pero lo fundamental es retornar a esta inspiración original «para que de este modo se llegue al gozo del domingo de Resurrección con elevación y apertura de espíritu» (*Ibid.*, 110).

El camino cuaresmal

En la cuaresma la comunidad cristiana revive la fe, que tuvo su origen en el bautismo por el que fuimos incorporados al misterio pascual de Jesús. Para que este tiempo litúrgico adquiera su sentido original es necesario retornar al sentido de la renovación de las promesas bautismales y de la penitencia comunitaria. El bautismo es un sacramento que nos queda lejano, pero está en el origen de nuestra identidad cristiana, y Jesús se ofrece para iluminar nuestras tinieblas. Lo mismo que para el ciego del evangelio la luz era símbolo de la presencia salvífica de Dios así también para nosotros el bautismo es una luz salvífica. Se trata de la resurrección de profundizar en el sentido de la vida, como en el milagro de la resurrección de Lázaro. A Jesús le preocupa la vida física y biológica, pero le preocupa todavía más la angustia y la desesperación ante la ausencia de sentido de la vida, como si todo fuera absurdo. Al alargar la vida de Lázaro, Jesús está invitando a creer que la vida verdadera es confiar en Él, creer en la vida eterna. Dios no nos libra de la muerte, sino que su palabra nos libra de nuestras angustias. Jesús resucita a Lázaro, no para probar su poder divino, sino para hacernos entender que la muerte sin esperanza es una muerte que nace del alejamiento de Dios. También recibimos con la samaritana el agua que salta hasta la vida eterna. Estos evangelios son una invitación más a confesar a Cristo como el Salvador, como el Mesías de Dios.

La cuaresma representa para cada fiel esa marcha que emprende todo ser humano en su vida y que le lleva por derroteros inciertos hasta su consumación. También representa para la comunidad en su conjunto esas grandes marchas de los pueblos, como el éxodo, que emprenden la aventura de salir de su tierra para llegar a otras más prometedoras, aunque desconocidas. Hay en todas ellas esa decisión de dejar una situación para embarcarse en la gran aventura de encontrar otros horizontes y otros sentidos de la propia vida o de los

pueblos. Es una invitación a tomarse en serio la condición transitoria de todos nuestros proyectos. Hay que evitar que en nuestra vida se produzca un silencio de lo esencial. La más cierta y profunda de las realidades, es decir, nuestra vida, no puede ser también la más olvidada.

La Cuaresma, camino de la identidad cristiana

La Cuaresma se abre con las lecturas que evocan una cuestión seria y permanente de la vida humana: la presencia del pecado. Ya sabemos que la primera parte de la cuaresma la componen los dos primeros domingos, que presentan la cuarentena de Jesús y su transfiguración, es decir, tentaciones y revelación del triunfo final. El misterio de la salvación tiene su contrapartida en el misterio del pecado, que también se da en el bautizado. Pero el tema del pecado hay que enmarcarlo siempre en la revelación del designio salvador de Dios. Por eso, se debe evitar hacer del pecado una realidad superior a su amor o presentarlo como una especie de competidor absoluto en este mundo, al modo de ciertas representaciones diabólicas. En el credo se proclama: «creo en el perdón de los pecados», no en la condenación eterna. Se trata no de negar la cruda realidad del mal, sino de confesar que «donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» (Rm 5, 12-19). La suprema vocación humana es participar en el ser y en la vida de Dios, que es siempre la «graciosa» iniciativa divina, que hace de los hombres «los amados de Dios».

La conciencia profunda de la penitencia significa que no nos rendimos ante el espectáculo de las víctimas producidas por el mal humano. No se trata de describirlos con toda clase o lujo de detalles macabros, que para ello sobra ya la cultura mediática. Pero el cristiano no debe abdicar nunca de su responsabilidad y de su piedad ante este espectáculo, porque las víctimas son también los hijos de Dios. Para el creyente lo que mueve el mundo es su fe en el amor de Dios, que lo ha hecho bueno. Con esta fe, ante la inquietante presencia del mal, reacciona preguntándose por su responsabilidad. Muchas veces no sabrá hasta dónde llega, pero no queda insensible ante lo que sucede y menos ante el mal que él provoca. En definitiva, lo considera como una traición a ese ser bondadoso. Por eso, asume la responsabilidad personal ante esa bondad divina. La reacción es no perder la fe en su amor. Dios es bueno, pero el pecado aparece como una infidelidad a esa bondad y como propia responsabilidad. La Iglesia ha tenido y sigue teniendo una misión importante tanto en señalar la dimensión profunda del ser humano cuanto de vivir en su seno la aspiración a ser santos como Dios es santo.

La catequesis ha presentado siempre el paralelismo entre Adán y Cristo. Pero hay que decir que este paralelismo no es plenamente coincidente, sino que es asimétrico. Es decir, que Cristo nos ha salvado sin condiciones, porque nos amó hasta el final. A la base de la historia de la salvación no está el mal de Adán, sino la obra redentora de Cristo. A ese bien nos incorporamos y así se derraman sobre nosotros todos los méritos acumulados por Cristo y sus testigos. Es el centro del mensaje cristiano, aunque esto no significa ser ingenuos ante la presencia del mal o del pecado.

Esto indica que la penitencia hay que entenderla de manera profundamente sacramental, es decir, de incorporación a Cristo. Esta unión sacramental con Él es lo que hace que la penitencia tenga un valor salvífico. Porque el don otorgado por Dios en la revelación consiste en un nuevo modo de ser. Así puede hacerse inteligible que Cristo, por su obediencia y entrega «por todos», ha determinado de modo nuevo la situación existencial de cada hombre. El cristiano ha quedado asociado definitivamente, pero en la fragilidad humana, a los méritos de Cristo ante Dios. Así se comprende que la penitencia cristiana es participación en la vida, pasión y muerte de Cristo. La penitencia se convierte, por tanto, en el clima de la vida cristiana. Esta

conciencia le permite descubrir la propia miseria y explorar sus abismos poblados de pecados, para recibir la gracia de la «memoria» del Señor.

El camino de la Penitencia eclesial

El bautismo introduce, además, en el pueblo de Dios, que es la Iglesia. La conciencia de la santidad de Dios es tan viva que la primera denominación con la que se reconocen los miembros de la Iglesia es los elegidos, nación santa, sacerdocio real (1 Pe 2, 9). Pablo había declarado que la comunidad debía ser «sin mancha ni arruga» (Ef 5, 26-27). El fundamento de esta nueva conciencia estaba esencialmente ligado a la persona de Jesucristo, a quien habían sido asociados por el bautismo, y al acontecimiento de su muerte y resurrección. La «santidad» fue el primer atributo que se añadió a la palabra Iglesia. Por eso, la edad apostólica y la antigüedad cristiana han situado muy alto el nivel de las exigencias de la vida santa de sus miembros.

Esta fe tan intensa en la santidad hacía que muchas comunidades fueran reacias a permitir la presencia de pecadores dentro de ellas. Pero con el tiempo y el aumento de los fieles la cuestión se planteaba agudamente con los que, después del bautismo, volvían a una situación de pecado opuesta a la salvación recibida. En efecto, el bautismo, que corrobora la conversión y la fe, no significa una mágica impecabilidad. La realidad del pecado, del mismo modo que no desaparece del todo de cada uno de nosotros, tampoco desaparece de la misma Iglesia. La presencia del pecado en el seno de la Iglesia y de sus comunidades es otra cuestión pendiente. Sin la conciencia de esa condición quedaría vacía la constante llamada de la tradición cristiana a la penitencia. Desde esta circunstancia la tradición habla del «segundo bautismo», que no era otra cosa que la penitencia eclesial, y de la cuaresma como tiempo adecuado para recibirla.

La cuestión de la Iglesia pecadora no puede dejar de afrontarse en todo momento. Los Padres eran conscientes de esta condición y de que la Iglesia debe evitar todo triunfalismo de haber conseguido la victoria final. La superación total del pecado siempre se ha confesado como un don de Dios en los últimos tiempos. Y es que eran conscientes de que la debilidad de la Iglesia y, en consecuencia, la presencia del pecado en ella deriva de su carácter peregrinante hacia las moradas celestes. Esta conciencia invita a abandonar la idea de un triunfo anticipado, que significaría una magia impecabilidad, y libera de caer en la autosuficiencia que en el fondo es prescindir de Dios. La cuaresma recupera la invitación del Señor a rezar para que «nos libre del mal» e implorar cada día el perdón. Por eso, en la teología patrística prevaleció la alternativa de la penitencia: oraciones, ayunos, limosnas, confesión de los propios pecados... y todo cuanto contribuía a mantener limpio el rostro de la Iglesia, como el mismo martirio. Estas prácticas recordaban que los cristianos están necesitados de permanente curación.

Para los Padres, como para Pablo, el tema de la santidad de la Iglesia está relacionado con su unión esponsal con el Verbo de Dios. Pero el carácter inmaculado de la esposa, es decir, la Iglesia, nunca es una realidad terminada. Esto ha dado lugar a que los Padres vean la Iglesia simbolizada en las mujeres bíblicas, que fueron pecadoras agraciadas, es decir, fueron encontradas pecadoras y el Señor las hizo santas, las tomó manchadas y las hizo puras. Estas enseñanzas no se reducen a ilustrar la superación del pasado pecador de esas mujeres, sino que manifiestan su convicción de que el pecado es un elemento permanente en la misma Iglesia. Es santa, porque de continuo la purifica su cabeza, Cristo.

Es conocida la pugna histórica entre el rigorismo y una concepción de la Iglesia según la cual el pecado, que aparece frecuentemente en los «elegidos» y «santos», debe ser combatido

constantemente mediante la conversión del corazón. La actitud rigorista ha surgido con frecuencia, como si se quisiera eludir la realidad pecaminosa de la Iglesia. La Iglesia no puede quedar reducida a ser un bastión de puritanos o una reserva de elegidos y predestinados, como frecuentemente enseña la historia de reformadores radicales. Pero la alternativa al rigorismo no ha sido el laxismo. El clima penitencial no toma de hecho ni puede tomar, cuando es genuino, formas antieclesiales. Hay que reconocer que los fallos de la Iglesia debilitan la fe de muchos, pero nunca la denuncia profética del pecado eclesial tiene como objetivo desautorizarla, sino purificarla. Permanece, en todo caso, la conciencia de que la Iglesia no es comprensible, si se abandona la lucha permanente contra el pecado en su seno. La tradición penitencial cristiana se inscribe en la búsqueda de una respuesta a esta cuestión.

Esa experiencia interior, humilde y paciente, no emite juicios excesivos sobre la vida de la Iglesia. Al contrario, confiesa que en medio de tales imperfecciones la Iglesia es la Iglesia de los santos. Los mismos santos, que han sufrido más que nadie semejantes mediocridades, son los que menos han acusado. El santo es un penitente, un pecador consciente y, por eso mismo, abierto a la gracia. La Iglesia opta por reconocer que el pecado aparece frecuentemente, pero sabe que debe ser combatido mediante la conversión del pecador y no mediante su eliminación. Desde una óptica eclesial, el camino de la conversión es el instrumento con el que la Iglesia asume y afronta su condición: esposa inmaculada de Cristo y comunidad de pecadores. Lo cierto es que la humildad de la penitencia es la fuerza más auténtica de la reforma de la Iglesia y no las airadas protestas de reformismo.

La conciencia de la santidad de la Iglesia permite entrever el destino, la misión y el deber de la Iglesia en el mundo como la comunión de los fieles, que realizan su fe en la decisión de acogerse a la gracia de Cristo. Es una comunidad que produce frutos de paz, reconciliación, perdón y alabanza. Junto a estas convicciones sabe también que debe seguir pidiendo, veraz y humildemente, «perdónanos nuestras ofensas». Las advertencias evangélicas van en la dirección de poner en guardia sobre la confusión entre una fe firme y una falsa seguridad: oración del fariseo y del publicano (Lc 18, 9-14). Semejantes textos no se refieren solamente al momento inicial de la Iglesia, sino que tienen validez para toda la existencia de la misma. El Nuevo Testamento habla, ciertamente, de las seguridades que han sido dadas a la Iglesia, pero también de la posibilidad de abusos y caídas. La Iglesia confiesa que está salvada en Cristo, pero el triunfo definitivo no llega hasta que todos estén salvados.

La Cuaresma, tiempo de conversión

Las palabras que acompañan el rito de la ceniza Conviértete y cree en el evangelio (Mc 1, 15) condensan el mensaje anunciado por Jesús. Su predicación se orienta a que todos tomen conciencia de que la vida está guiada por Dios. La llamada a la conversión está indisolublemente unida al anuncio de la llegada de su reinado. Sin conversión no llega ese reino. Conversión del corazón significa invertir la tendencia de construir el núcleo más íntimo de nuestras vidas en torno al yo y poner en el centro a Dios. En palabras de san Agustín: «Dos amores fundaron, pues, dos ciudades, a saber: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí propio, la celestial. La primera se gloría en sí misma, la segunda se gloría en el Señor. Aquella solicita de los hombres la gloria; la mayor gloria de ésta se cifra en tener a Dios como testigo de su conciencia» (La ciudad de Dios XIV, 28, Obras XVII, 137). La conversión es, ante todo, radical y profunda para romper la vida petrificada y sin poros hacia Dios. El amor divino es siempre el mejor resorte para mover a este esfuerzo. La conversión no consiste en que, de repente, nos pongamos a ser buenos, para evitar que Dios descargue su venganza sobre nosotros, sino en reconocer ante su presencia misericordiosa nuestra infidelidad y olvido.

Las tentaciones de Jesús en el desierto ilustran este aspecto de prueba de la vida cristiana y son un buen guión para un análisis de nuestra conciencia (Mt 4, 1-11; Mc 1, 12-15; Lc 4, 1-13). Se trata en substancia de poner a Dios en el lugar que le corresponde, sin negar la importancia de la creación y su sentido. El hombre ciertamente vive de pan, pero no sólo de pan, sino de «toda palabra que sale de la boca de Dios». Cuando todo queda reducido a lo útil, falta la gratuidad de la Palabra divina; cuando se pretende afirmarse por el poder y la gloria, falta la sumisión al Señor; cuando se entiende la acción de Dios con un sentido mágico, falta el abandono en Él. Esta es la prueba que tenemos que superar. Podría aspirarse a una vida fácil sin tentaciones ni pruebas, pero sería ilusoria porque resultaría artificial. Pues Jesús nos ha dado el camino de la opción a realizar para que nuestra vida sea salvada. La vida no nos exime de las pruebas, pero la enseñanza de Cristo descarta la última derrota.

El pasaje de Lucas (15,11-32), [Parábola del Hijo pródigo] que recordamos en cuaresma, es toda una justificación y una defensa incuestionable de Dios como Padre que, viendo de lejos que su hijo vuelve, sale a su encuentro para hacerle menos penosa y más humana su vuelta. Jesús propone esta imagen de Dios, que ofrece a los pecadores y perdidos oportunidades infinitas de perdón, para responder a los que se escandalizan de este modo de actuar. Por eso antes que el personaje del hijo que se arrepiente, está la persona del Padre, de Dios, que nunca abandona a sus hijos, que nunca los olvida y que organiza una fiesta por la recuperación del hijo perdido. Por eso lo que más importa en nuestra vida no es lo que nosotros hacemos, sino lo que le dejamos hacer a Dios en nosotros.

Las lecturas de los domingos de cuaresma presentan los motivos fundamentales de la conversión cristiana. Recuerdan las intervenciones maravillosas de Dios para iluminar así nuestras pruebas y dar sentido a nuestra vida. Por eso leemos unos textos muy comentados en la tradición cristiana: el relato de la vocación de Abrahán, la revelación de ser pueblo elegido de Dios con quien hace una alianza; las enseñanzas de Pablo a las comunidades cristianas a quienes define ciudadanos del cielo (Flp 3, 20). Son una invitación a renovar el motivo decisivo de la conversión, que consiste en buscar y dirigirse a Dios, compasivo y misericordioso, que tiene infinita paciencia.

La doctrina y la vida de Jesús son siempre el mejor estímulo para nuestra conversión. Todos los ejemplos humanos que pudiéramos proponer, de un modo o de otro, terminarían por defraudarnos. Por eso, es importante reconocer en la conducta de Jesús con los pecadores una intención explícita: reflejar y actualizar el amor reconciliador del Padre. Las parábolas de la misericordia pronunciadas por Él describen la experiencia del perdón, que es siempre liberadora. La cuaresma proclama la misericordia divina, que nunca se agota en el ofrecimiento del perdón de los pecados. Para tomar conciencia de cuanto obstaculiza el proyecto de Dios en la historia vale más su amor como lo presenta Jesús, que el escepticismo o la atracción de los proyectos humanos. La presencia amorosa de Dios es una invitación sugerente a descubrir la propia falta.

La meta es la Pascua

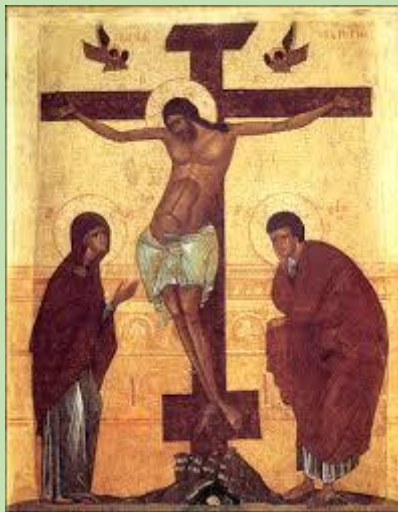
Si la Pascua es el centro de las celebraciones cristianas se adivina que la cuaresma sólo tiene razón de ser como inicio y encaminamiento a la misma. La imagen del desierto, que acompaña este tiempo, es sin duda morada de prueba, pero en todo caso es una residencia de tránsito. Por eso no seríamos fieles al espíritu cuaresmal si no evocáramos que todo este clima conduce a la Pascua. El desierto de Jesús o del pueblo elegido es lugar de paso, no residencia permanente. La conversión se ordena a preparar la intervención y venida de Dios. Nuestra

conversión y nuestra penitencia deben llevarnos a participar en el sufrimiento y en la resurrección del Señor e introducirnos en el gozo y la gloria de su amor victorioso.

Es preciso destacar esto porque, a veces, concentrados en la dureza del camino, corremos el riesgo de olvidar la alegre esperanza del fin. Lo que realmente queremos preparar es la Pascua del Señor. Pero este gesto magnífico sólo lo vieron los que creyeron. Sin esa elección creyente Dios desaparece del horizonte de nuestra historia. La palabra de Dios grita en muchos momentos: «¡escucha, pueblo mío!».

Esta insistencia se debe a que con facilidad su pueblo pierde la orientación y el sentido de la vida, que lo encuentra en la Pascua. Cuando el pueblo judío estaba desalentado por la vida de exilio y por la pérdida del país prometido, entonces recordaban la llamada de Abraham como ejemplo de que la fe en la promesa de Dios no falla. Ante el desconcierto que produce en los apóstoles el final trágico de Jesús que se preveía, la transfiguración es una revelación de la fuerza de Dios en la debilidad humana, en la muerte de Jesús. San Pablo puede confortar a los discípulos diciéndoles: El transformará nuestra condición humilde, según el modelo de su condición gloriosa (Flp 3, 21). Lo mismo nos sucede a nosotros cuando el cansancio y la derrota se hacen presentes. Las lecturas de cuaresma evocan las intervenciones de Dios en favor de su pueblo, para iluminar nuestras pruebas y dar sentido a nuestras vidas. La meta de las celebraciones cuaresmales es la Pascua.

FUENTE: CELADA LUENGO, Gregorio; La Cuaresma, estima de la vida en Jesucristo, en [Vida Sobrenatural](#), nº 643, 2006, p. 88-89.



PIEDAD POPULAR

ENCUENTRO CON JESUCRISTO

“La piedad popular penetra delicadamente la existencia personal de cada fiel”

(DA 261)

Todo lo que necesitas saber sobre el Miércoles de Ceniza

1. El Miércoles de Ceniza es el inicio de la Cuaresma

El Miércoles de Ceniza es el primer día de la Cuaresma. El Misal Romano indica que “en la Misa de este día se bendice y se impone la ceniza hecha de ramos de olivo o de otros árboles”.

2. Es un rito con siglos de historia

En el Antiguo Testamento, las cenizas simbolizan luto (*Jer 6,26*), petición de ayuda a Dios (*Dan 9,3*) y arrepentimiento (*Jud 4,11*). La tradición cristiana de imponer ceniza se remonta a la Iglesia primitiva. La Enciclopedia Católica indica que, en Jueves Santo, los primeros cristianos se cubrían de ceniza como signo de penitencia pública. No fue hasta el siglo XI que se implementó el rito de la imposición de la ceniza el Miércoles de Ceniza.

Hoy, otras denominaciones cristianas como anglicanos, luteranos y metodistas también realizan este gesto, aunque con diferencias en sus ritos.

3. La imposición de cenizas es un gesto que abre a la conversión

La ceniza es un símbolo de humildad y penitencia. El Directorio sobre la piedad popular y la liturgia (n. 125) explica: “Propio de los antiguos ritos con los que los pecadores convertidos se sometían a la penitencia canónica, el gesto de cubrirse con ceniza tiene el sentido de reconocer la propia fragilidad y mortalidad, que necesita ser redimida por la misericordia de Dios”.

“Lejos de ser un gesto puramente exterior, la Iglesia lo ha conservado como signo de la actitud del corazón penitente que cada bautizado está llamado a asumir en el itinerario cuaresmal. Se debe ayudar a los fieles, que acuden en gran número a recibir la Ceniza, a que capten el significado interior que tiene este gesto, que abre a la conversión y al esfuerzo de la renovación pascual”, añade.

4. Las cenizas tienen más de un significado

La palabra ceniza, que proviene del latín “*cinis*”, representa el producto de la combustión de algo por el fuego. Esta adoptó tempranamente un sentido simbólico de muerte, caducidad, pero también de humildad y penitencia.

La ceniza también le recuerda al cristiano su origen y su fin: “Dios formó al hombre con polvo de la tierra” (Gn 2,7); “hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste hecho” (Gn 3,19).

Durante una audiencia general, Benedicto XVI explicó que el gesto de la imposición de la ceniza representa también “una inmersión más consciente e intensa en el misterio pascual de Cristo, en su muerte y resurrección, mediante la participación en la Eucaristía y en la vida de caridad, que nace de la Eucaristía y encuentra en ella su cumplimiento”.

También aseguró que permite el “compromiso de seguir a Jesús, de dejarnos transformar por su misterio pascual, para vencer el mal y hacer el bien, para hacer que muera nuestro ‘hombre viejo’ vinculado al pecado y hacer que nazca el ‘hombre nuevo’ transformado por la gracia de Dios”.

5. Las cenizas se consiguen a partir del último Domingo de Ramos

El Misal Romano indica que las cenizas se obtienen de la quema de las palmas del Domingo de Ramos del año anterior. En algunos países, se mezclan con agua bendita o aceite de crisma para formar una pasta aromatizada con incienso.

6. La imposición de la ceniza tiene un rito especial durante la Misa

El rito tiene lugar al finalizar la homilía. Según el Misal romano, el sacerdote, de pie y con las manos juntas, dice: “Queridos hermanos, pidamos humildemente a Dios Padre que bendiga con su gracia esta ceniza que, en señal de penitencia, vamos a imponer sobre nuestra cabeza”.

Luego, el sacerdote o ministro rocía la ceniza con agua bendita, sin decir nada. Seguidamente, impone la ceniza a todos los presentes que se acercan con él, y dice a cada uno: “Conviértete y cree en el Evangelio (*Mc 1, 15*)” o “Recuerda que eres polvo y al polvo has de volver (*Cfr. Gn 3, 19*)”.

Según el Misal romano, no hay respuesta obligatoria por parte del fiel. Se recomienda retirarse en silencio, meditando el significado del gesto.

7. La ceniza también puede imponerse sin necesidad de la Misa

En ausencia de un sacerdote, los laicos pueden imponer la ceniza en un rito sin Misa, preferiblemente precedido por una liturgia de la palabra. Sólo un sacerdote o diácono puede bendecirla previamente.

8. Las cenizas pueden ser recibidas por no católicos

Cualquier persona, incluso no católica, puede recibir la ceniza. Según el Catecismo (n. 1670), los sacramentales no confieren la gracia del Espíritu Santo como sí lo hacen los sacramentos, pero por la oración de la Iglesia estos “preparan a recibirla y disponen a cooperar con ella”.

9. No es obligatorio recibir la ceniza

El Miércoles de Ceniza no es día de precepto, por lo que no es obligatorio recibir la ceniza ni asistir a Misa. Sin embargo, es recomendable participar.

10. El Miércoles de Ceniza es un día de ayuno y abstinencia obligatoria

El Miércoles de Ceniza es día de ayuno y abstinencia, al igual que el Viernes Santo. El ayuno es obligatorio para fieles de entre 18 y 60 años y consiste en una única comida fuerte. La abstinencia de carne aplica a partir de los 14 años. Los viernes de Cuaresma también son de abstinencia obligatoria, aunque en algunos países puede sustituirse por otra penitencia.

Los demás viernes del año también, aunque según el país puede sustituirse por otro tipo de mortificación u ofrecimiento como el rezo del Rosario.

¿Cuál es el sentido del ayuno y la abstinencia en la Iglesia Católica?

Durante la Cuaresma, millones de católicos se embarcan en un periodo de reflexión y preparación espiritual para la Pascua. En este contexto, el ayuno y la abstinencia son prácticas comunes que suscitan preguntas sobre su significado y propósito dentro de la fe católica.

El ayuno, que se refiere a reducir la ingesta de alimentos y limitar la cantidad de comidas; y la abstinencia, que se refiere a “abstenerse” de comer carne los viernes de Cuaresma; son tradiciones profundamente arraigadas en la doctrina y la práctica católicas. Pero, ¿cuál es su verdadero sentido?

El sentido penitencial

El ayuno y la abstinencia se tratan, en última instancia, de ayunar del pecado. Según las Sagradas Escrituras, todos somos culpables de pecado (*1 Jn 1, 8-10*) y, por lo tanto, todos debemos arrepentirnos. San Pedro, en su sermón de Pentecostés, enfatizó la necesidad del arrepentimiento para obtener el perdón de los pecados (*Hechos 2, 38*).

En ese sentido, tal como lo indica la Iglesia Católica en el [Código de Derecho Canónico](#), “todos los fieles, cada uno a su modo, están obligados por ley divina a hacer penitencia”, específicamente todos los viernes del año y durante el tiempo de Cuaresma.

El ayuno y la abstinencia permiten a los fieles expresar arrepentimiento por los pecados cometidos y buscar la purificación espiritual. Al renunciar a ciertos alimentos o limitar la ingesta de alimentos, los católicos reconocen su dependencia de Dios y buscan reconciliarse con Él mediante la renuncia y la disciplina personal.

Al ejercitar el control sobre los deseos y apetitos naturales, los católicos fortalecen su voluntad y se preparan para resistir las tentaciones y los impulsos egoístas. Esta disciplina espiritual les permite enfocarse en su relación con Dios y cultivar una vida de virtud.

Según un documento del [Secretariado del Culto Divino](#) de la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos, desde tiempos antiguos, los cristianos han practicado la penitencia, tanto de forma comunitaria como individual, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, quien ayunó y oró durante cuarenta días en el desierto (*Mc. 1, 13*). Además, señala que esta práctica busca imitar a Cristo y alcanzar la plenitud espiritual, que es señalada por San Pablo en *Efesios 4, 13*.

Como recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica en su numeral 1430, la llamada de Jesús a la conversión y la penitencia se enfoca principalmente en la “conversión del corazón”, más que en realizar actos externos, ya que estos últimos no son útiles si no van acompañados de una verdadera conversión interior. Sin embargo, el Catecismo enfatiza que, cuando realmente hay conversión del corazón, se podrá expresar esa actitud en “signos visibles, gestos y obras de penitencia”, como lo enseñaron los profetas y Jesús.

“La penitencia interior es una reorientación radical de toda la vida, un retorno, una conversión a Dios con todo nuestro corazón, una ruptura con el pecado, una aversión del mal, con repugnancia hacia las malas acciones que hemos cometido. Al mismo tiempo, comprende el

deseo y la resolución de cambiar de vida con la esperanza de la misericordia divina y la confianza en la ayuda de su gracia”, recuerda el Catecismo.



COMUNIDAD EDUCATIVA

NUEVO COLEGIO VIRGEN DE LAS FLORES

Nuestra historia de fe.

Somos el Nuevo Colegio Virgen de las Flores.

La fe y compromiso de familias y docentes impulsados por los niños. El Colegio cierra sus puertas nos dijeron en octubre del 2024 Fundación Sophia se retiraba y las hermanas tampoco pueden continuar. Golpeamos puertas, presentamos proyectos para continuar en el local pero no fue posible. Buscamos otras posibilidades y a finales de noviembre surge la posibilidad de alquilar una casa en la Floresta. Es así que en dos meses nos organizamos y logramos acondicionar el local para nuestros niños. Con una gran resiliencia ya que no era lo más adecuado, patio pequeño, salones pequeños, pocos baños pero con fe, amor, compromiso.

Transitamos un 2025 cargado de alegrías, vivencias, nuevos vínculos con la comunidad, aprendizaje y profundizando en la fe, gracias a la guía de nuestro párroco José Aldair y nuestra querida catequista Silvana Saporiti .

Con grandes bendiciones por la celebración de misas con los alumnos, familia y comunidad

. Celebración del Bautismo de 12 niños ,Sacramento de la Reconciliación de niños , familias y la Primera Comunión en la Parroquia Sagrada Familia Comunidad San Luis Orión Floresta Sur

. Año Jubilar año Santo bendecidos al poder realizar la peregrinación las dos visitas a puertas Santa en la catedral Iglesia Matriz y el campamento con quinto y sexto año en casa del peregrino hoy “Escuelita de la Paz” Santuario Virgen de las Flores .

Para cerrar el año con las Confirmaciones de los alumnos de sexto año y comunidad en una hermosa celebración presidida por Obispo, Mons. Heriberto Bodeant.

Sumamos en el 2025 horario extendido opcional con talleres de huerta, cocina en inglés, recreación, piscina, apoyo escolar e informática. Con el apoyo de la comunidad, familia y la Divina Providencia recibimos donaciones. Se realizaron rifas, bingos, venta de torta fritas, pizza y cantina escolar entre otras nos permitieron ir cubriendo las diferentes necesidades. Agradecemos a cada familia, comercio, personas cada ayuda brindada, donaciones recibidas que fueron tan importantes para seguir logrando objetivos.

En octubre nos encontraba planificando para el 2026 la construcción de un nuevo salón y la necesidad de buscar fondos para ello. La voluntad de nuestra Madre y los caminos de Dios que son perfectos en sus tiempos nos cruzan para poder volver a Estación Floresta. La venta del local del colegio Virgen de las Flores con cambio de dueño nos permitió volver a nuestras raíces. El agradecimiento a la Virgen, la alegría de todos. En diciembre nos mudamos.

Se acondicionó y el 15 de diciembre realizamos el cierre de año con un hermoso Pesebre viviente realizado por los chicos y su catequista.

Donde hay FE hay historia y la nuestra continúa con gran apoyo de las familias y comunidad.

Este año 2026 en febrero seguimos con los arreglos, pintar, colocar juegos para los niños, junto a la asociación de padres, ex alumnos y docentes.

También incorporamos del 6 al 26 de febrero la colonia de vacaciones

En el año nuestros horarios

Inicial en el vespertino de 13 a 17 horas.

Primaria en la matutino de 8 a 12 horas.

Continuamos con horario extendido (opcional) con talleres de huerta, inglés, cocina, plástica, informática, apoyo escolar.

Nos ponemos con fe renovada en manos de Cristo y bajo el Manto de María para caminar junto a ellos un 2026 colmado de esperanza y dedicación para lograr hacer crecer nuestro Centro Educativo. Con Cristo y en Cristo todo es Posible.

Por mayor información o venir a conocer nuestra propuesta.

Estamos en Instagram <https://www.instagram.com/cole.floresta.nvdf>

colegiofloresta2025@gmail.com y 43757612, 099758379 wasap



DIÓCESIS DE CANELONES

El funcionamiento y servicio de la Iglesia Diocesana es una responsabilidad compartida por todos los que hacemos parte de esta Iglesia, ahora podés ser parte de este compromiso de forma práctica y constante.



CAMPAÑA DE COLABORACIONES MENSUALES

0908 3304 – para colaborar con - **\$ 80 mensuales**

0908 3305 – para colaborar con - **\$ 140 mensuales**

0908 3306 – para colaborar con - **\$ 200 mensuales**

APORTE A TRAVÉS DE CUENTAS EN PESOS Y EN DÓLARES EN BROU:

CUENTA EN PESOS

Número actual: 001518771-00013

Número anterior (para depósitos en Abitab o Red Pagos): 004-0066964

Número para transferencias desde otros Bancos: 0015187700013

CUENTA EN DÓLARES

Número actual: 001518771-00015

Número anterior (para depósitos en Abitab o Red Pagos): 004-0053914

Número para transferencias desde otros Bancos: 00151877100015

¡GRACIAS!

Obispado de Canelones



Horario de Secretaría

Lunes a Viernes 09.00 a 11.45 y 15.00 a 17.00 hrs.

**EN ENERO PERMANECE CERRADA POR
LICENCIA DEL PERSONAL**

Contacto: 43322568 – 094201989



REDES DEL OBISPO:

Youtube: Es cuestión de Fe desde Canelones

IVOOX: Heriberto Bodeant

Blog: Dar y Comunicar

FB: Heriberto Bodeant

Instagram: Heriberto Bodeant

Threads: Heriberto Bodeant

X: Heriberto Bodeant

REDES DE LA DIÓCESIS:

FB: “Sitio Oficial de la Diócesis de Canelones”

FB: “Iglesia Católica Canelones”

Instagram: Iglesia Católica Canelones

Threads: Diócesis de Canelones

REDES PASTORAL VOCACIONAL:

Instagram: @pvcanelones - FB: past vocacional Canaria

REDES PASTORAL ADOLESCENTES: Instagram: pastoral.adolescente.canelones

REDES PASTORAL JUVENIL: Instagram: pjcanelones

